

**ESCRITURA FEMENINA Y VIOLENCIA EN COLOMBIA EN: *NO SOMOS MACHOS, PERO SOMOS MUCHOS. CINCO CRÓNICAS DE RESISTENCIA CIVIL EN COLOMBIA*
DE JUANITA LEÓN**



MARLYN LORENA GALÍNDEZ PÉREZ

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA
POPAYÁN**

2018

**ESCRITURA FEMENINA Y VIOLENCIA EN COLOMBIA EN: *NO SOMOS MACHOS,
PERO SOMOS MUCHOS. CINCO CRÓNICAS DE RESISTENCIA CIVIL EN COLOMBIA*
DE JUANITA LEÓN**

MARLYN LORENA GALÍNDEZ PÉREZ

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA
POPAYÁN**

2018

**ESCRITURA FEMENINA Y VIOLENCIA EN COLOMBIA EN: *NO SOMOS MACHOS, PERO SOMOS MUCHOS. CINCO CRÓNICAS DE RESISTENCIA CIVIL EN COLOMBIA*
DE JUANITA LEÓN**

MARLYN LORENA GALÍNDEZ PÉREZ

**TRABAJO COMO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE LICENCIADA EN
LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA**

DIRECTORA

Dra. PATRICIA ARISTIZÁBAL MONTES

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ESPAÑOL Y LITERATURA
POPAYÁN**

2018

Agradecimientos

Agradezco principalmente a mi madre Milvia Pérez Zúñiga, por estar siempre pendiente de mí, por apoyarme, por cuidarme y darme ánimos para salir adelante. De igual modo agradezco a mi papá Marino Galíndez, porque de alguna manera ayudó para que empezara mi carrera universitaria y ahora puedo demostrarle que lo logré.

Mis agradecimientos también van dirigidos a los familiares que siempre estuvieron pendientes de mí; a mis hermanos por quienes quiero luchar y para quienes he querido ser un buen ejemplo a seguir; a mi tío Enar Pérez porque siempre creyó en mis capacidades y fue mi apoyo cuando creí no poder continuar; a mi tío Alirio por su motivación y palabras de aliento para manifestarme su aprecio y hacerme saber que creía en mí; y de la misma manera a todos quienes confiaron en que podía hacerlo, demostrándome su confianza.

Del mismo modo agradezco a mi novio Juan Andrés López Henao por su apoyo incondicional, por su ayuda, por motivarme a seguir adelante, a superarme, a ser mejor cada día y porque permaneció siempre pendiente de mis estudios, colaborándome en todo momento. Así mismo, agradezco a su madre, Omaira Henao, porque de alguna manera me motivó para que ingresara a la universidad.

De igual manera, agradezco de modo muy especial a mi directora de trabajo, Patricia Aristizábal, por su dedicación y paciencia, por enseñarme que la docencia puede ser divertida a la vez que enriquecedora y por ayudarme a culminar esta etapa tan importante en mi vida. Del mismo modo, manifiesto mis agradecimientos a mis dos profesores, lectores de este trabajo: Constanza Sandoval y Luis Arleyo Cerón, porque aprendí muchas cosas de ellos en el transcurso de la carrera y porque ante todo, siempre mostraron una calidad humana admirable en el trato con los estudiantes.

Finalmente, a mis compañeras y amigas, muchas gracias por todos los momentos, buenos y malos que compartimos. Gracias por caminar junto a mí todos estos años en los que afianzamos una bonita amistad.

Marlyn Lorena Galíndez Pérez

Nota de aceptación

La directora y jurados del seminario y trabajo de grado “Escritura femenina y violencia en Colombia en la obra *No somos machos, pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia* de Juanita León” elaborado por Marlyn Lorena Galíndez Pérez, una vez revisado el escrito final y aprobada la sustentación del mismo, autorizan a su autora para que realice gestiones administrativas correspondientes a su título profesional.

Dra. PATRICIA ARISTIZÁBAL MONTES

Directora

Jurado

Jurado

Popayán de 2018

Tabla de contenido

Introducción	7
1. Capítulo I :Panorama de la escritura femenina en Colombia	12
1.1. Mujeres destacadas en el campo de la crónica.....	19
2. Capítulo II: La violencia en Colombia en la obra: No somos machos pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia, de Juanita León	34
3. Capítulo III: Escritura femenina y lenguaje en la obra: No somos machos, pero somos muchos de Juanita León	50
4. Conclusión	68
Referencias.....	72
Anexo.....	78

Introducción

Este trabajo surge del seminario de Escritura femenina y violencia en Colombia propuesto por la profesora Patricia Aristizábal Montes y se enmarca en la línea de investigación de la Licenciatura en Literatura y Lengua castellana, problemas de la literatura y la cultura. Debido a que en el trabajo de investigación, se asumió la siguiente hipótesis: la obra de escritoras colombianas aporta otra mirada al tema de la violencia en Colombia, este trabajo busca analizar cómo se ha expuesto este tema, desde la escritura de las mujeres que también la han padecido de una u otra manera; mujeres que tienen una voz y por ende, una forma de contar la historia.

Así pues, como se plantea en el anteproyecto, esta investigación busca exponer las características de la escritura femenina, teniendo en cuenta las concepciones teóricas de otras mujeres que han manifestado formalmente sus posturas filosóficas, antropológicas y sociológicas acerca del feminismo y del empoderamiento de la mujer. Este estudio se llevó a cabo teniendo en cuenta el tema de la violencia en Colombia, específicamente, la violencia provocada por el conflicto armado. En este sentido lo que se pretende, es identificar esas características que hacen que la escritura de la autora Juanita León, en su obra: *No somos machos, pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*, sea diferente y muestre otra perspectiva de la guerra por medio de sus letras.

En efecto, se quiere mostrar, la posible, o posibles soluciones que la escritora propone frente a la violencia que aqueja al país y cómo, según su mirada de mujer, contribuye a la paz, rescatando las historias de personas que viven en carne propia el flagelo de la guerra, pero que enarbolan la bandera de la solución a cualquier clase de conflicto: la no agresión; representada, en este caso, en la resistencia civil no violenta.

Es probable, que incluso hoy en día se siga creyendo que los dueños de la historia oficial sean los hombres; sin embargo, la mujer también tiene mucho que decir y más aún, tiene mucho que aportar. Esto, debido a que aunque la misma historia no lo haya reconocido abiertamente, ésta, ha hecho parte activa también de los conflictos que afectan a toda la sociedad en la que ella vive. Pues bien, la mujer ha participado de diversas maneras en la guerra, bien sea como víctima, victimaria o testigo y es por eso que debe hablar, que debe contar sus perspectivas, sus puntos de vista y que debe ofrecer alternativas al camino de la violencia. Al mismo tiempo, debemos todos y todas, reconocerle su labor, su esfuerzo y sus valiosos aportes para la construcción de una humanidad mejor.

Por tal razón, con este trabajo se pretende visibilizar la labor de la mujer que escribe, porque también tiene voz y ha intentado decir en muchas ocasiones, pero no ha sido escuchada. Así que, es hora de hacerse sentir y de “gritar” si es necesario. Por lo tanto, es de vital importancia entender que el conflicto armado en Colombia y la posibilidad de salir de él, es algo que concierne y necesita de todos y todas, por lo

que la voz de la mujer se convierte también en un requisito, algo esencial e indispensable en el proceso de reconstrucción de una sociedad, en la búsqueda de una paz que ha sido arrebatada por diversas manifestaciones violentas.

Por consiguiente, es necesario que se reconozca la importancia de la voz de la mujer en la sociedad, si lo que queremos es que haya una equidad que permita que todas y todos seamos partícipes de las mismas oportunidades y condiciones. De modo que, se debe reconocer el aporte de las mujeres en el tema de la violencia, ya que esto nos permite no solo tener una visión más amplia sobre la historia de la guerra, sino también abrir más espacios de discusión sobre nuevos

cuestionamientos que le conciernan a la mujer y la hagan parte de la reflexión y la construcción del nuevo pensamiento del país.

Para llevar a cabo esta labor investigativa, será necesario tener en cuenta algunos planteamientos de la crítica literaria feminista, para analizar la escritura de la autora desde estos postulados que manifiestan el empoderamiento de la mujer y su liberación por medio de la escritura. Del mismo modo, servirán algunas investigaciones hechas sobre la historia de la violencia y del conflicto armado del país, como fuente de información para analizar este tema. Con estos sustentos teóricos, se busca evidenciar en la obra ya mencionada de Juanita León, haciendo un análisis descriptivo, los hechos de violencia que presenta en sus crónicas y la forma en que los mismos protagonistas se inclinan hacia alternativas pacíficas para enfrentarlos.

Todo esto, se hace con el fin de resaltar la escritura femenina, de visualizar la labor de mujeres que también contribuyen a la paz de una nación sumida en la violencia. El propósito fundamental, aparte de develar los aportes a la pacificación del país, es que no se oculte y no se rechace la escritura femenina y que se le dé el valor que merece en el proceso de contar la historia desde su óptica; además, que se tenga presente que la escritura de mujeres, también es formadora de conciencia, de humanidad, de amor, de paz, de reconciliación y en ese sentido, propulsora de una sana educación integral en valores. En consecuencia, esta investigación apunta a que la literatura femenina sea incluida en las lecturas de todos los hogares, colegios y universidades para darle el lugar y el reconocimiento que por mucho tiempo han esperado las mujeres en el campo de las letras.

Este trabajo se desarrollará en tres capítulos:

Primero, Panorama de la escritura femenina en Colombia. Este capítulo consta de dos partes. La primera, es una creación grupal en la que cada uno de los integrantes del seminario aportamos para su construcción; la segunda, es una exposición de las mujeres que han escrito específicamente sobre la violencia del país y en este caso, desde la crónica. Así pues, se expondrá el papel de la mujer escritora a través de la historia y su repercusión en la sociedad. En este, se mostrará la importancia de la mujer en la literatura y enfatizará en el hecho de que, aunque su producción literaria sea menor en comparación con la de los hombres, también ha escrito y han sido buenas obras las que han visto la luz con el sello femenino. Del mismo modo, se incluirá una descripción de lo que es la crónica, puesto que este, es el género usado por la autora del libro estudiado; así mismo, se hará un panorama de las escritoras que se han destacado en este campo, haciendo un recuento de quienes incursionaron en el mundo de las letras, para dar paso a las nuevas cronistas que se destacan hoy en día por su labor comprometida con la verdad y la reconciliación del país.

Segundo, La violencia en Colombia en la obra: *No somos machos pero somos muchos*. *Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*, de Juanita León. En este capítulo, se hará una breve introducción a la definición de violencia y se explicará cómo fue el proceso histórico que terminó sumiendo al país, en una guerra que ha generado mucho derramamiento de sangre. Aquí se analizará la clase de violencia que describe la autora en el libro y también la alternativa que se ofrece o que se manifiesta para salir del conflicto sin perder más vidas.

Tercero, Escritura femenina y lenguaje en la obra: *No somos machos, pero somos muchos* de Juanita León. En este capítulo se hará un breve recuento de la lucha que libró la mujer para reclamar la reivindicación de sus derechos y cómo ha ido logrando ganarse un espacio en la producción literaria. Aquí, se plantearán los postulados de reconocidas críticas feministas, como

Hélène Cixous (1995) y Luce Irigaray (1992), para analizar la forma en la que escribe Juanita León y tratar de entender cómo y por qué lo hace desde la vida en medio de la guerra y no desde los muertos que esta deja. Además, se buscará entender, cómo es que los protagonistas de esas crónicas tienen una conciencia de la guerra, superior a la de muchos, que les permite entender la paz desde las mismas entrañas de la violencia destructiva, para desarmar a los tiranos que se desestabilizan ante la presión y ante la resistencia desarmada no violenta.

1. Capítulo I

Panorama de la escritura femenina en Colombia

Como es bien sabido, las mujeres han luchado decididamente por la reivindicación de sus derechos, para que se les reconozca como seres independientes y por la manifestación de sus problemáticas y aspiraciones mediante su expresión en la escritura, un espacio que para ellas ha sido de difícil acceso, ya que, tradicionalmente este ha estado inscrito en un sistema patriarcal; de ahí que la mujer quiera subvertir sus valores. Así pues, la mujer escritora colombiana, al igual que otras mujeres en distintas partes del mundo, ha utilizado la escritura como una herramienta para hacer oír su voz, para descubrirse y para expresar su perspectiva de la realidad. De acuerdo a lo anterior, en este capítulo se mostrará un panorama de la escritura femenina en Colombia iniciando en el siglo XVIII, pasando por el XIX, por el XX y finalizando en los primeros años del siglo XXI.

Las mujeres al estar inscritas en una sociedad patriarcal, en un principio decidieron inscribir sus textos en los cánones establecidos por los hombres, tanto así que en muchas ocasiones ellas firmaron con nombres de hombres. En un inicio, la mujer recurrió a la escritura de diarios, cartas y confesiones; este tipo de textos le permitieron expresar su pensamiento a través del género autobiográfico. La escritura femenina ha sido también un medio de protesta, el cual sumerge a la mujer en el conocimiento de su propio ser. Carmiña Navia, en su ensayo, *Historia de la literatura y estudios de género*, sostiene:

Es sabido que las sociedades latinoamericanas distribuyeron muy estrictamente el espacio de lo público, de lo estatal, de los destinos patrios, para los varones; mientras que

el espacio de la casa, del hogar, de la intimidad familiar, fue para las mujeres (...) En este proyecto, la mujer entonces tenía un destino previsto, al servicio del hombre en la familia, que la mantenía alejada de las letras, de la discusión intelectual, incluso de las artes. Su *biblioteca*, pues, era especial, sus lecturas orientadas a una formación específica como esposa y madre. (Vallejo Murcia y Laverde Ospina, 2009, p. 166)

En este sentido, las mujeres vivieron en muchos casos, a expensas de un marido que las proveía económicamente debido a que no podían acceder a la educación y por ende, no tenían un empleo formal en el que devengaran un salario mensual. Durante siglos, las mujeres no pudieron opinar ni participar en decisiones importantes dentro de la comunidad donde residían e incluso, no podían ser partícipes dentro de su propia casa, donde la primera y última palabra siempre la tenía el hombre.

Como ya se dijo, las primeras obras escritas por mujeres fueron diarios, cartas y confesiones; un ejemplo de esto lo vemos en el siglo XVIII con Sor Jerónima Nava y Saavedra (1669- 1727) y con la madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara (1671- 1742), quienes escribieron sus confesiones desde los conventos, aun cuando estas debían ser leídas por sus consejeros e incluso mientras estaba vigente el voto de humildad que, en cierto modo limitaba la escritura y que prácticamente obligaba a que en el momento de escribir se describieran como indignas de valor por ser mujeres. Los textos autobiográficos *Su vida* y *Afectos espirituales*, de Francisca Josefa de Castillo y Guevara han llamado la atención; ambos textos según Ángela Inés Robledo (1991), se inscriben en el discurso místico y pueden ser leídos como confesiones. La iglesia, que no consideraba bien visto que las mujeres tuvieran una

comunicación directa con Dios, estaba pendiente de lo que ellas escribían, de ahí que a Francisca Josefa, al tener conocimiento de sus dones literarios, la orientaran y así influenciaran su escritura.

En el siglo XIX encontramos a la antioqueña María Martínez de Nisser (1812- 1872) y su *Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia*, en donde narra lo vivido por ella durante uno de los procesos de guerra después de la independencia, en la que terminó inmersa por su decisión de ir en ayuda de su esposo, ya que él había sido capturado por los enemigos del gobierno y ella, a pesar de la restricción de su familia de hacer aquello considerado locura, logra que la apoyen, aunque por una causa paradójica, pues le permitieron ir sólo por el hecho de que si los demás compatriotas hombres la veían, iban a sentir vergüenza, al ver que una mujer que consideraban débil en el campo de la guerra tenía más valor que ellos y en una especie de competencia ninguno sería capaz de flaquear en el campo (Aristizábal, 2004).

De otro lado, la producción narrativa costumbrista de Josefa Acevedo de Gómez, hija del llamado "Tribuno del pueblo", está enmarcada, según Flor María Rodríguez (Jaramillo, 1991), dentro de la concepción de una ficción que hace de instrumento para observar la realidad y permite transformar conductas y mentalidades y así promover el nacionalismo. Para Rodríguez, Acevedo es considerada una de las primeras mujeres en escribir en el siglo XIX. Su obra abarca varias áreas; como moralista y analista de la sociedad, escribió textos como: *Ensayo sobre los deberes de los casados* en 1844, *Tratado sobre economía doméstica para uso de las madres de familia y de amas de casa* en 1848, escribió también, *La biografía del General José Acevedo Tejada* (1850), quien era su hermano, como también la de su esposo, *Biografía del Dr. Diego Fernando Gómez* (1854), y la de su padre, *Recuerdos nacionales: José Acevedo y Gómez* (1860); así mismo, escribió libros de poesía: *Oráculo de las flores* (1857) y algunos artículos que publicó

en diversos periódicos. En el campo de la novela, escribió *El soldado y Angelina* en donde hace fuertes críticas sociales al momento que pasaba la Nueva Granada.

Así, entre una gran lista de escritoras del siglo XIX, encontramos también a Waldina Dávila de Ponce (1823- 1900), una mujer huilense quien se reconoce por ser la primera que escribe en ese departamento, denunciando malos manejos sociales y políticos, pero también, por su forma de percibir el rol que cumple la mujer de esa región. Algunas de sus obras como, *Mis próceres*, *A mi madre*, *El crucifijo*, entre otras, quedaron en la historia como muestra de la capacidad de creación de esta mujer. Aunque sus poemas son poco reconocidos, no se niega su calidad estética. Colaboró para la revista *La Mujer*, y fue pionera en impulsar la escritura poética de las mujeres en la segunda mitad del siglo XIX. También en este siglo se destaca Agripina Samper de Ancízar (1833-1892), quien se dedicó a escribir prosa y poesía; ella, como muchas mujeres, encontró en la escritura una manera diferente de hablarle al mundo. También se resalta como importante en esta recopilación de autoras a Agripina Montes del Valle (1894- 1915), una escritora de Salamina (Caldas), quien escribió poesía. Entre sus escritos están, *El último pijao* y *Al Tequendama*.

En el siglo XIX como en el siglo XX, la iglesia Católica continuó predicando que la mujer debía permanecer en el hogar, por el contrario, algunos hombres entre intelectuales, escritores y políticos, se manifestaron a favor de la educación y la autonomía femenina. Este tipo de planteamientos también fueron compartidos por Soledad Acosta de Samper quien nació en Santafé de Bogotá en 1833 y murió en 1913, se destacó como periodista, escritora e historiadora, fundó la revista *La Mujer* y escribió varios artículos. Publicó en 1895 su obra *La mujer en la*

sociedad moderna, en la que resalta la importancia de la educación femenina y con la cual dejó señalado el camino para que otras escritoras colombianas lucharan por el derecho de la mujer a expresarse libremente. (Aristizábal, 2005).

Encontramos también poetas poco reconocidas como: Silveria Espinosa de Rendón (1815-1888), Bertilda Samper Acosta (1856-1910), Isabel Bunch de Cortés (1846-1921), y Mercedes Párraga de Quijano y Ortega quien murió el 21 de febrero de 1870 y colaboró en varios periódicos bogotanos, donde firmaba con el seudónimo de María.

En las primeras décadas del siglo XX, se pueden encontrar diversas escritoras que aportaron con sus obras a las letras colombianas. Para María Mercedes Jaramillo (Jaramillo, 1991), la presencia de la mujer en las letras se hizo más evidente, con escritoras como: María Cárdenas Roa, Juanita Sánchez Lafaurie, Blanca Isaza de Jaramillo, Cleonice Nannetti, Amira Arrieta Mcgregor, Emilia Pardo Umaña, Fabiola Aguirre de Jaramillo, y Olga Salcedo de Medina.

Por otra parte, Patricia Aristizábal Montes en su libro *Panorama de la narrativa femenina en Colombia en siglo XX* (2005), presenta a siete destacadas escritoras colombianas del siglo XX, entre las que se encuentran Rocío Vélez de Piedrahita y Marvel Moreno. Por su parte, Rocío Vélez de Piedrahita nació en Medellín en 1926, en la década de los setenta se convierte en miembro del grupo de escritores La Tertulia, esta escritora es autora de cuentos, crónicas, novelas y ensayos, algunas de sus obras son, libro de cuentos *La tercera generación* (1963), las novelas, *La Cisterna* (1971), *Terrateniente* (1978) y *Por los caminos del sur* (1996).

Por otro lado, Marvel Moreno nació en Barranquilla en 1939 y murió en París en 1995. Inició su labor como escritora publicando cuentos en el diario El Caribe, posteriormente publicó dos libros de cuentos, *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (1980) y *El encuentro y otros relatos* (1992); y la novela *En diciembre llegaban las brisas* (1987). Esta última novela plantea una crítica a la elite barranquillera como también a las estructuras patriarcales y a su régimen autoritario que había reducido a la mujer a un objeto sexual sometiendo a la esclavitud, a la violencia y al engaño a pesar de ser considerada el eje central de la estructura familiar. En general, en los relatos de Marvel Moreno aparecen mujeres víctimas del patriarcado, mujeres discriminadas, abandonadas, frustradas por el peso de un matrimonio sin amor, mujeres que deciden disfrutar del placer sexual y otras que rompen el tabú erótico entre hermanos, mujeres que, sin embargo, logran tomar conciencia de las ataduras de la sociedad en relación a la expresión de sus sentimientos (Aristizábal, 2005).

De acuerdo a Navia (2007), el periodo que va desde finales del siglo XX a inicios del siglo XXI, se caracterizó por la irrupción de las mujeres en la literatura y especialmente en la narrativa. Fanny Buitrago es una de las escritoras que presentan sus propuestas literarias en este espacio de tiempo. Buitrago se dio a conocer junto a los Nadaístas, la mayoría de su producción literaria se caracteriza por la presencia del humor, la ironía y la capacidad de captar y transmitir el ritmo del cuerpo femenino. Algunas de sus obras son *Señora de la miel* publicada en 1993 y *Bello animal* en 1992, estas son según Navia dos de sus más significativas novelas. En *señora Miel* se cuenta la historia de Teodora Vencejos, una mujer que luego de los distintos atropellos soportados desde su infancia hasta su adultez y del desengaño de su marido se encamina hacia el reencuentro de su ser mediante el disfrute y la liberación sexual. Ya en *Bello animal*, aunque

trata la misma temática, el amor y el cuerpo femenino, profundiza más en problemáticas de la sociedad colombiana como el poder de las élites, sus atropellos y el narcotráfico (Navia, 2007).

Helena Araújo es otra novelista colombiana destacada. En su obra crítica es muy notable su preocupación por el papel que desempeña la mujer en la sociedad, ejemplo de esto es la obra *Signos y mensajes* publicada en 1976 y en la que se realiza una serie de aproximaciones que muestra a la mujer comprometida con la realidad de su país, como también una preocupación por establecer una relación de correspondencia entre el quehacer literario y la realidad socio-política del país. En esta misma línea de pensamiento, pero enfatizando más en la escritura de las mujeres se encuentra la obra *La Sherezada criolla* publicada en la década de los ochenta, texto en el cual se presta especial atención, no solo a las escritoras colombianas, sino también a las latinoamericanas. Su primera novela es *Fiesta en Teusaquillo* publicada en 1981, posteriormente publica en el 2003, *Las cuitas de Carlota*; en esta novela la autora se sumerge en el interior de una mujer, Carlota, quien por medio de cartas enviadas a su prima Elisa que desea recuperar el pasado, termina reconstruyendo el suyo. A través del intercambio de palabras de estas dos mujeres confrontadas en la escritura llega a los lectores la historia del país y de las luchas para conseguir una sociedad más incluyente. (Navia, 2007)

Ahora bien, otra escritora destacada del siglo XX es Elisa Mujica, nacida en Bucaramanga en 1918 y muerta en Bogotá en 2003. Escribió las novelas: *Los dos tiempos*, 1949; *Catalina* en 1963 y *Bogotá de las nubes* en 1984. Además escribió cuentos como *Ángela y el diablo* en 1953; *Árbol de ruedas* en 1972, entre otros. Otras escritoras que acompañan a Mujica son Flor Romero de Nohra, periodista y escritora, quien fundó la revista *Mujer de América*, escribió las novelas *Mi capitán Fabián Sicachá*, *Los sueños del poder* y *Triquitraques del*

trópico, en estas novelas se puede presenciar, al mismo tiempo, el enfrentamiento entre liberales y conservadores y la violencia entre el mundo agrario y el mundo industrial; Ana María Jaramillo que en 1990 publicó *Las horas secretas*, en donde recrea los sucesos del Palacio de justicia en el año 1985.

En consecuencia, son cada vez más las mujeres que escriben, y no es que no lo hayan hecho nunca, sino que por la represión que pesó sobre ellas, su producción literaria fue casi nula durante muchos siglos. Es por eso, que se deben resaltar las obras de quienes se atrevieron a dar los primeros pasos y abrieron un camino valioso y necesario para muchas otras que posteriormente han seguido escribiendo.

1.1. Mujeres destacadas en el campo de la crónica

Para empezar a hablar de este género, es necesario decir que la crónica es una narración de hechos que generalmente se presenta por escrito con el orden cronológico en que tales sucesos acontecieron. Para el periodista Juan José Hoyos, la crónica es uno de los relatos más antiguos usados en la prensa y casi todos los más grandes narradores modernos, fueron cronistas (Hoyos, 2003). La crónica aparece con más fuerza con el llamado “Nuevo periodismo” que surge a partir del siglo XX y que da un giro al estilo informativo que usualmente la prensa utiliza, en la cual los sucesos noticiosos se presentan objetivamente, sin rodeos ni detalles, sino de forma sintética y directa.

De esta manera, los periodistas modernos, realizan reportajes más completos, yendo hasta el lugar de la información, haciendo entrevistas y conviviendo con los protagonistas de las noticias que posteriormente se convertirán en crónica gracias a su genio narrativo. En este sentido, aunque la base de la crónica deba ser un hecho real, no significa que sea objetiva. Es

decir, que quien cuenta esa noticia, tiene libertad, si así lo desea, de hacer apreciaciones emotivas, subjetivas o críticas, esto debido a que la condición humana permite hacer relaciones de empatía o apatía en la medida en que convivamos con otros o esos otros nos compartan sus historias.

Así pues, cada vez más, los cronistas se entremezclan, se unen a las noticias, ven más detalles, aprecian más las cosas pequeñas, que para otros pueden ser insignificantes. A este respecto, escribe Patricia Nieto en la presentación que hace al libro de Juan José Hoyos (2003) *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*:

Desde entonces, hace ya trece años, no hacemos otra cosa que mirar el mundo con los ojos bien abiertos, escuchar con detenimiento las nuevas modulaciones de la ciudad, exponer nuestras pieles a las sensaciones del cambio de siglo, escribir sobre aquello que encontramos dignificante para el hombre y buscar las respuestas que quedaron aplazadas hace una década en un salón de clases. (p. xii)

En este sentido, entendemos que la crónica es una forma de narrar lo que otros no ven, o lo que para otros no es importante por la inmediatez de la noticia. En esta, se dan detalles, se muestra una historia, unos personajes y todo su contexto, sus vidas tienen validez; el tiempo y el espacio hacen parte de la narración para envolver al lector y ofrecerle una posible cercanía con lo que está leyendo, como una forma de identificación con esos sucesos. Se construye un orden cronológico, se cuentan los hechos tal y como sucedieron, uno tras otro, construyendo de esta manera unos climas narrativos que generan tensión. En la crónica, los personajes son más que sólo nombres: son protagonistas con pasado, con historia, lo cual se evidencia en la narración de sus actuaciones, de sus rasgos físicos y también espirituales.

Así pues, a continuación, se destacan algunas mujeres que desde el periodismo han escrito crónicas, contribuyendo, de alguna manera a enaltecer este género que les ha permitido expresarse libremente y posicionarse como mujeres participativas que generan opinión, mereciendo respeto por su labor comprometida con la información y con el oficio narrativo y periodístico.

Para empezar, es preciso mencionar a Soledad Acosta de Samper; una de las mujeres más significativa para las letras en Colombia, ya que hizo grandes aportes, no sólo desde la crónica, sino también desde la narración.

Nació en 1833 en Bogotá y murió en la misma ciudad en 1913. Estuvo por un tiempo, en París donde conoció a los escritores más importantes de Europa; cuando empezó a escribir, lo hizo bajo seudónimos como Aldebarán, Renato, Bertilda y Andina, ya que en su época no era bien visto que las mujeres hicieran publicaciones. Siempre fue activista en la defensa de los derechos de la mujer; algunas de sus producciones fueron: *Los piratas en Cartagena: crónicas histórico novelescas* (1886), *Una Holandesa en América. Novela* (1888), *La mujer en la sociedad moderna* (1895).

Soledad Acosta, fundó revistas como: *La mujer*, *La familia*, *El Domingo de la Familia Cristiana* y *El Domingo*, en las que colaboró de la misma forma que lo hizo en periódicos. En ellas publicó novelas, biografías, reseñas de noticias europeas y de libros, crítica literaria, artículos de opinión entre otras. En cuanto a la crónica, publicó crónicas de viaje y también de moda. En sus publicaciones, Soledad criticaba al gobierno liberal colombiano, así como también defendió el orden y la preservación de los valores. Era de una formación muy conservadora y cristiana que era lo que pretendía fomentar en las mujeres, a través de la prensa. Sin embargo,

siempre buscó que las mujeres se dedicaran a escribir si eso les apasionaba para que pudieran expresar sus sentimientos y pensamientos.

Otra gran mujer que enalteció la labor de la escritura femenina, fue Sofía Ospina de Navarro. Nació en Medellín en el año 1892 y murió en 1974. Siempre mostró suficientes dotes para la escritura; sus producciones estaban marcadas por una dosis de humor y nostalgia del pasado ante la observación de las costumbres y sus cambios. Escribió cuento, poesía y crónica que detallaban la Medellín que habitaba en ese entonces. Como periodista trabajó para los periódicos El Colombiano y El Espectador, también para revistas como Vida, Raza, Letras Universitarias y Progreso; del mismo modo, fue fundadora y directora de la revista femenina Letras y encajes. Entre sus publicaciones más difundidas están: *La cartilla del hogar*, *Cuentos y crónicas*, *La buena mesa*, *Delicias hogareñas*, *Don de gentes*, *La abuela cuenta*, *Milagro*, *Oyendo a un paisa* y uno de sus poemas más conocidos, *Navidad antioqueña*.

Por otro lado, una mujer infaltable en este panorama, es la escritora Emilia Pardo Umaña, quien nació en Bogotá, el 9 de diciembre de 1907. Emilia, es la primera mujer periodista en Colombia, quien pese a la oposición de su familia, a los 27 años ingresó como redactora de la página social del periódico El Espectador. Durante su carrera, buscó otras formas narrativas para comunicarse con sus lectores y por ello, aparte de la columna de opinión, tuvo acercamientos a géneros periodísticos como el perfil, la entrevista, el reportaje, la crónica, la revista taurina y también incursionó en la ficción. Emilia Pardo, reflexionó sobre su oficio periodístico como medio no solamente de información sino de educación para los ciudadanos.

En 1947, viajó a Europa y se vinculó al diario El Tiempo, donde transformó su conocida columna de opinión, por una serie de crónicas de viaje. En su labor periodística, fue reconocida por su excelente habilidad para escribir y también para controvertir y criticar lo que consideraba

que estaba mal en el país; precisamente, por su polémica forma directa de opinión, estuvo un tiempo exiliada en Ecuador. En 1961, murió de un infarto, en completa soledad. Sus familiares y amigos se enteraron de su fallecimiento, dos días después de ocurrido.

Ahora bien, a continuación profundizaré un poco más sobre las obras de autoras que algunos compañeros han elegido para realizar sus trabajos o que hemos tenido la oportunidad de leer durante el transcurso del seminario: *Escritura femenina y violencia en Colombia*, para discutir sobre ellas. De manera que, son obras que hablan sobre la violencia que ha vivido el país, pero al mismo tiempo ofrecen de alguna manera, según la visión de sus autoras, una alternativa para salir de ella.

Para empezar, se encuentra una de las mujeres más destacadas en la actualidad por su desempeño y compromiso con su labor. Patricia Lara es una periodista y escritora bogotana, nacida en 1951. Actualmente es una de las periodistas más reconocidas en el país. Patricia es Licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes de Bogotá y obtuvo posteriormente un máster en Periodismo, en el Instituto francés de prensa y ciencias de la información, en la Universidad de París y otro en la Escuela de periodismo en la Universidad de Columbia, en New York. Es autora de libros como: *Siembra vientos y recogerás tempestades* (1982) y *Las mujeres en la guerra* (2000), que le mereció el Premio Planeta de Periodismo. También ha escrito las novelas *Amor enemigo* (2005), *Hilo de sangre azul* (2009) y *El rastro de tu padre* (2016).

Su obra, *Las mujeres en la guerra*, recoge nueve entrevistas a mujeres que de una u otra manera han sufrido por la violencia que vive el país, mujeres afectadas como actoras del conflicto o como víctimas de él. La autora quiere que los sentimientos y las heridas sean

expresados, como una forma de sanación que finalmente lleve al perdón para aliviar las cicatrices.

El libro muestra el dolor de unas mujeres que no se sienten cómodas en medio de la violencia, aunque algunas sean actoras de ella, porque las mismas entrevistadas que han conformado grupos armados, manifiestan su inconformidad o desagrado en un medio en el que inevitablemente se sienten extrañas, como no pertenecientes a él. En la lectura del texto, se puede ver que ellas hacen ciertas reflexiones sobre lo que están viviendo, sobre la violencia que las rodea y de alguna manera, todas ofrecen aportes pequeños pero significativos para sanar por medio del perdón. Del mismo modo, critican las acciones violentas, clamando desde su interior que los hombres cambien de perspectiva, que dejen su egoísmo y sus ansias de poder para que den fin a una guerra que no tiene sentido.

De este modo, Lara nos invita a pensar la guerra, a cuestionarla, a enfrentarnos a ella, a rechazarla y a unir nuestras voces. Voces de mujeres, voces sanadoras, voces hechas para edificar desde la cotidianidad femenina, desde la solidaridad, desde la madurez para entender que los odios a muerte entre bandos se podrían frenar si se entendiera que el que está del otro lado también lucha por unos fines y que por encima de eso, también es un ser humano con sentimientos. La periodista además, hace énfasis en la voz de la mujer como sanadora cuando menciona los grupos de mujeres víctimas del conflicto, a donde van y cuentan sus historias, encuentran apoyo y se solidarizan con otras que han pasado por situaciones adversas en medio del conflicto.

También es importante resaltar la labor de Olga Behar; una mujer comprometida con la verdad, que usa la escritura como un medio para denunciar, criticar y concientizar. Behar, es escritora, periodista y politóloga nacida en Palmira, (Valle del Cauca) en 1956. Estudió en la

Facultad de Comunicación Social de la Universidad Jorge Tadeo Lozano y comenzó a incorporarse en el periodismo, con su trabajo en la cadena Todelar Radio y en el noticiero Todelar. En 1979 se incorporó al noticiero de televisión Canta Claro de Jaime Soto y más adelante formó parte de 24 horas con Mauricio Gómez Escobar. Dentro de su trabajo periodístico cubrió varios eventos importantes, entre ellos, la toma del Palacio de Justicia y el proceso de paz con el M-19.

Tras la orden de persecución en su contra por el entonces ministro de Defensa, Miguel Vega Uribe, tuvo que exiliarse en México desde donde siguió su labor periodística y además, aprovechó la distancia para escribir *Noches de humo* (1988), que relata sucesos sobre la toma del Palacio de Justicia. En 1990 volvió a Colombia; se dedicó a la docencia universitaria y en 2011 publicó *El Clan de los 12 Apóstoles*, que fue considerado como el libro de no ficción más vendido en ese año. También es autora de obras como, *Las guerras de la paz* (1986) y *Más fuerte que el Holocausto* (2016). Estos libros, le han causado varios contratiempos, además de demandas y amenazas contra su vida, debido a que en ellos hace públicas muchas denuncias y deja en evidencia todo lo “prohibido”, que la corrupción del país quiere seguir manteniendo oculto.

Su primer libro: *Las guerras de la paz*, fue escrito como trabajo de grado de un máster en Ciencias Políticas que realizó en la Universidad Javeriana. En ese entonces, ya se perfilaba como una de las mejores reporteras políticas y de investigación del país. Sobre este libro, Bautista (2016) escribe para el periódico *El tiempo*:

Olga Behar recoge en este trabajo testimonios de militares, guerrilleros, juristas y hasta presidentes, como Julio César Turbay Ayala, que cuentan un trozo de la historia del país en esos años 70 y 80. Pero también presenta valiosos testimonios que hacen

memoria sobre los intentos de paz, desde la rendición de la guerrilla liberal de Guadalupe Salcedo, asesinado en un café de Bogotá, después de haber entregado las armas, hasta las negociaciones con el M-19 y el EPL, entre otros, que condujeron al silenciamiento de las armas de esos grupos. Carlos Pizarro y los hermanos Calvo, del EPL, le cuentan a Olga ese proceso de desmovilización, así como otros miembros de esos grupos que fueron asesinados por aquellos días o años después.

También, Navia (2003) habla sobre esta obra en uno de los capítulos de su libro, titulado: *Una palabra que cede la voz*. Aquí, Carmiña resalta que este texto es pionero entre los de su género, en el cual, la periodista quiere mostrar y escuchar los diferentes protagonistas de la violencia política del país; prestando a otros la posibilidad de hablar. Navia dice que, según lo explica Behar, lo que quiere es recoger las voces y también los sentimientos de aquellos que hacen historia en el país. Para ello, precisa Carmiña, es clara la conciencia de que esa historia se escribe a varias voces, razón por la cual, la autora entrevista a diferentes personajes rastreando sus voces y puntos de vista con el afán de encontrar la verdad o verdades de los procesos de violencia.

Más adelante, a finales de los años sesenta, nació Patricia Nieto, en 1968 en Sonsón (Antioquia), quien se convirtió en una gran periodista y cronista. Pertenece al grupo de Nuevos Cronistas de Indias. Muchas de sus crónicas han sido publicadas en revistas como Cambio, Cromos, Soho y Revista de El Espectador. También ha sido guionista de documentales sobre el dolor causado por el conflicto armado colombiano, entre ellos está el documental: *No hubo tiempo para la tristeza*, que fue lanzado por el Centro Nacional de Memoria en el año 2013. Sobre sus crónicas, influyen principalmente temas relacionados con el conflicto armado presente en el país; este interés ha hecho que varias de sus producciones como *Los escogidos*, por

ejemplo, hayan sido premiadas y reconocidas por diferentes entidades como el Círculo de periodistas y el Ministerio de Cultura, por mencionar algunos.

Algunas de sus obras son las siguientes: *Los escogidos* (2012), *Relatos de una cierta mirada*. Con Natalia Botero. (2011), *Donde pisé aun crece la hierba*, compiladora y editora. (2010), *Llanto en el paraíso. Crónicas de la guerra en Colombia* (2008), *Jamás olvidaré tu nombre*, compiladora y editora (2006).

Para realizar su obra, *Los escogidos*, Patricia Nieto se dirigió hasta Puerto Berrío, lugar donde escuchó que los habitantes “adoptaban” los cadáveres que bajaban por el río Magdalena, como consecuencia de la violencia del país que dejaba miles de muertos sin identificar cada año. Esta historia que llegó a oídos de la periodista llamó su atención, motivo por el cual fue hasta el lugar de los hechos para conocer de cerca a las personas que como lo dice Holguín (2013) para la revista Arcadia.com: “todos, al igual que Antígona, han violado los edictos del Estado y de los mafiosos para ofrecerles reposo, compañía y nombre a aquellos que perdieron el derecho a la vida y a una sepultura”. De la misma manera, Holguín afirma que la referencia a esa tragedia griega está presente en todo el libro y que nos recuerda que las acciones de estos habitantes van más allá de la superstición o de la religiosidad popular, mostrando así, resistencia y denuncia.

En este libro, hay una clara denuncia a tantas muertes y desapariciones que en muchas ocasiones quedan en el olvido para el país pero que en algún lugar, permanece la zozobra de familiares y amigos que nunca vuelven a saber de sus seres queridos y es por ellos que los porteños de Berrío se “compadecen” de alguna manera y los llevan al pabellón de los escogidos para darles sepultura y rezar por ellos para que puedan descansar en paz, aunque hay quienes también aprovechan para pedir favores a sus almas. Aquí está impregnada la gran capacidad narrativa de la periodista para contar de manera llamativa una historia dura pero real de la

violencia colombiana; además, su capacidad de ver más allá de los muertos, llegando a identificarse con personas que sanan, de alguna manera, los estragos de la guerra al reconocer como familiares a muertos que no tuvieron nada que ver en vida con ellos, pero que merecen que alguien les rece ya que sus verdaderos parientes posiblemente no tienen conocimiento de sus trágicos finales.

Otra mujer, reconocida no solo en el país por su excelente trabajo, sino también en el exterior, es Claudia Palacios. Ella es periodista, presentadora y escritora; nacida en Cali en el año 1977. Estudió Periodismo y Comunicación Social en la Universidad Javeriana en Bogotá. Inició su carrera en un programa producido por la Universidad del Valle Televisión, llamado *Ambiencálizate*, del Departamento Administrativo de Gestión del Medio Ambiente en Cali.

Luego trabajó en CM& hasta 1998 y posteriormente pasó a ser parte de Noticias Caracol. En 2004 salió del país y se vinculó a CNN en Español, como presentadora del noticiero los fines de semana, del programa “Mirador Mundial”. Del 2012 al 2016 hizo parte de la mesa de trabajo de La W Radio; en 2014 regresó a CM& como presentadora del noticiero de las 7 de la noche; en 2016 fue Directora de Noticias en Canal Capital, canal público de Bogotá y en 2016 renunció para ser directora de los canales City TV y El Tiempo Televisión, de El Tiempo Casa Editorial.

En el año 2013 lanzó su primer libro titulado *Te vas o te quedas*, donde compila treinta crónicas que tratan sobre la búsqueda del “sueño americano”. Su segunda obra se publicó en octubre de 2015 bajo el título de *Perdonar lo imperdonable*. Este libro, consta de cerca de ochenta historias reales de víctimas de la violencia en Colombia y todo lo que han hecho, el camino recorrido para lograr la paz por medio del perdón y la reconciliación.

Estas crónicas dejan ver el conflicto armado del país, ya sea desde la posición de víctimas o de victimarios, puesto que todos tienen voz. Lo significativo de estos relatos, no es en sí la guerra que padecen sino cómo los protagonistas, convierten sus tragedias en historias de inspiración, usando herramientas nobles como el arte, el deporte, el amor y la solidaridad para renunciar a una posibilidad de venganza que lo único que generaría es más violencia.

Perdonar lo imperdonable, es un aporte a la paz de la comunicadora que quiere resaltar esas “micro paces” que se viven en lo cotidiano del país, pero que los noticieros no cuentan. Por eso, decide publicar por escrito las historias que son una clara muestra de que por medio del perdón se pueden alcanzar muchas cosas y superar las barreras que el odio impone.

Finalmente, me detendré un poco más en la autora del libro sobre el cual trata este trabajo: Juanita León. Es periodista, escritora y conferencista nacida en Bogotá en 1970. Se graduó de derecho en la Universidad de los Andes y luego hizo una Maestría en la Escuela de Periodismo en la Universidad de Columbia en Nueva York. Trabajó para el diario El Tiempo y para la revista Semana. Fue redactora jefe de semana.com y colaboró con la serie de televisión *Tiempos difíciles* y *Regreso a la esperanza*. Juanita fue una de las primeras periodistas en denunciar los enlaces de políticos con paramilitares. Fue escogida como miembro honorífico de la Open Society Foundation y con dinero aportado por esa fundación, fundó *La Silla Vacía*, un sitio web de noticias sobre política colombiana. Hoy en día es miembro del Consejo Superior de la Universidad de los Andes y presidente de la Fundación de Prensa Libre.

A lo largo de su carrera periodística ha recibido diferentes premios como: El premio Mundial de Organización Mundial de la Salud para Periodismo de Salud (2001, por un artículo sobre los riesgos de salud en el conflicto en Colombia), Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano- Cemex Premio de periodismo (2002, finalista), Premio Lettre Ulysses (2006,

tercer puesto), premio para el libro *País de plomo. Crónicas de guerra* y Premio Gabriel García Márquez, categoría Cobertura (2016).

En el año 2004 publicó *No somos machos, pero somos muchos* con artículos sobre la resistencia por parte de indígenas y campesinos colombianos y el exalcalde de Bogotá Antanas Mockus. En el siguiente año publicó su libro *País de plomo. Crónicas de guerra* que trata el conflicto armado en Colombia a comienzos del siglo XXI.

Su obra *No somos machos, pero somos muchos*, retrata el comienzo de una nueva resistencia civil en Colombia. En el libro se destacan cuatro crónicas que de manera esperanzadora dan fe de cómo los habitantes de Caldon, Bolívar, Jambaló y Puracé en el Cauca, se enfrentaron a las armas de los guerrilleros con cantos, concentraciones pacíficas y mucho coraje para evitar nuevas tomas a sus poblaciones.

El quinto capítulo resalta la historia del exalcalde de Bogotá, Antana Mockus que lideró un experimento para enseñar a los ciudadanos la resistencia civil, haciendo un homenaje y un constante llamado a construir donde otros destruyen. Para ello utilizó muchas campañas simbólicas y se destaca la marcha a la que llamó el entonces alcalde para repudiar y rechazar al atentado de las Farc al Club Nogal donde murieron 36 personas y hubo 150 heridos. De esta forma, logró un pequeño pero significativo cambio en la capital, inspirado por aquellos indígenas y campesinos que lucharon sin armas para defender sus territorios en el sur occidente del país, entendiendo que hay otra salida de la violencia.

El libro, consta de cinco capítulos, cada uno, es una crónica sobre los atentados de la guerrilla a dichas poblaciones y la valiente forma en que sus habitantes vencieron el miedo para hacer frente sin violencia, logrando resultados sumamente significativos en el camino para frenar

la guerra. El diseño de la cubierta es de Lucas Ospina, un artista y crítico bogotano nacido en 1971, es profesor de la Universidad de los Andes y publica artículos en *La silla vacía* y *Esfera pública*. La portada es de color verde, como el color de la esperanza y en una franja ubicada en la parte superior, se puede apreciar una secuencia de imágenes, siluetas en color negro que claramente son personas del campo, puesto que cargan instrumentos con los que se labra la tierra.

Estas imágenes dan la idea de gente caminando unida, desplazándose con animales y también con niños y niñas pequeñas de la mano, ancianos con bastón, hombres y mujeres que cargan instrumentos que claramente no son armas de fuego sino de trabajo. Llevan lo que parece ser una bandera y alguien que aparenta ser un líder, los dirige. Frente a ellos hay un gran cerco de alambre de púas y más adelante, dos figuras que aparentemente tienen fusiles a sus espaldas, tratan de intimidar a un par de personas que parecen estar rogando por sus vidas o su integridad.

De este modo, de entrada, la portada nos introduce en el tema principal de las crónicas: la resistencia civil no violenta. Al mismo tiempo, deja ver, que de esas resistencias hace parte activa toda la comunidad que marcha por un bien común y que no excluye a ningún miembro de ella. El libro tiene una dedicatoria de la autora a sus papás y a sus hermanos y una página para agradecer a todas las personas que hicieron posible que su obra fuera publicable y que de la misma manera insistieron para que la terminara y pudiera salir a la luz. Del mismo modo, agradece a todos los habitantes de cada uno de los municipios y de la ciudad de Bogotá que contribuyeron con su investigación. Ya en la introducción, Juanita León hace un breve recuento de las historias que contará en su libro, y explica las razones que la movieron a escribirlas.

Pues bien, las crónicas se titulan así: *Es hora de resistir. Si nos toca morir, moriremos; ¡Ladrones, pecuecudos, cobardes, cochinos, perezosos, asesinos!; A los ladrones los juzgamos*

nosotros y nadie más; Al cuerpo pueden matarlo, pero el espíritu sigue vivo en la comunidad; No somos machos, pero somos muchos. Estas son frases o arengas que los mismos habitantes usaban en sus protestas para hacerle entender a la guerrilla que no los querían más y que no pensaban dejarse intimidar por sus fusiles.

Estas crónicas muestran la grandeza de un colectivo de personas que agrupados en plazas, cambiaron armas y agresividad por música folclórica para evitar que la guerrilla volviera a destruir sus casas, su escuela, su iglesia y todo por lo que habían luchado durante años. Y mientras se exalta ese espíritu superior de entendimiento, de paz, de resistencia civil, de valentía, aunque también de miedo de quienes resisten pero que continúan a pesar de todo en su lucha justa, lo que los hace más valientes aun, por otro lado, se evidencia a grandes rasgos la inferioridad y la brutalidad de quienes causan el derramamiento de sangre.

El libro de Juanita León es un llamado a buscar alternativas, a construir paz donde hay guerra y a dejar de generar violencia. Es un claro ejemplo de que la condición humana es y puede ser superior a la guerra, de que la muerte violenta cansa, que las injusticias terminan por revelar en los oprimidos un espíritu de resistencia para no dejar cometer más atropellos en su contra. Es un libro, que ofrece una alternativa de paz y que de cierta manera busca liberar ese espíritu que permita direccionar al país, por caminos pacíficos para hacer entender a los poderes opresores que no se justifica su agresividad frente a personas pacíficas, despojadas de armas que lo único que reclaman es tranquilidad y armonía para vivir.

En conclusión, son cada vez más las mujeres que participan activamente haciendo uso de la escritura. Estas, cuestionan la violencia de un país que se desangra y no solo se quedan con las cifras de los desastres causados sino que ven en las historias de las víctimas, un motivo, una fortaleza, una esperanza para superar la violencia y mostrar al país desde los ejemplos de

personas reales, que existe la posibilidad de salir del conflicto y encaminarse hacia la paz. De este modo, vemos la incursión de las mujeres que cada vez hablan con más fuerza, que manifiestan su voz, su opinión y que aportan sobre temas que también sienten como suyos, que también las afectan de una u otra manera, que las tocan, las permean y las motivan a escribir.

2. Capítulo II

La violencia en Colombia en la obra: *No somos machos pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*, de Juanita León

“Ojo por ojo y el mundo quedará ciego”

Mahatma Gandhi

Es importante entender qué es la violencia y cómo surge la guerra armada en Colombia, para tratar de vislumbrar un camino diferente al de las armas, en donde prevalezcan la humanidad y las alternativas de paz. Para este propósito, en el siguiente capítulo, servirán como base teórica, artículos como, *Para una crítica de la violencia* de Walter Benjamin (2001), el libro, *Pasado y presente de la Violencia en Colombia* de los compiladores Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (1986) y el libro, *¿Defensa armada o defensa popular no-violenta?* de Gonzalo Arias (1982), además del ensayo, *Las organizaciones indígenas y campesinas frente al conflicto armado en el norte del Cauca* escrito por Renata Moreno Quintero (2008), publicado en la revista Sociedad y Economía de la Universidad del Valle.

Para empezar, en su ensayo: *Para una crítica sobre la violencia*, Walter Benjamin (2001), hace una distinción entre varias clases de violencia y empieza diciendo que toda causa eficiente se convierte en violenta, si incide sobre relaciones morales y pasa a precisar que esta debe ser buscada en el reino de los medios y además, que el derecho natural legitima el uso de medios violentos siempre y cuando se estén buscando fines justos. Pero en este sentido, queda abierta la duda sobre cuáles son realmente fines justos e injustos ya que se puede prestar para diversas interpretaciones, según sea el punto de vista de quien esté persiguiendo dichos fines.

Es así, como esta definición, estaría entonces legitimando el uso de medios violentos de grupos guerrilleros que se alzaron en armas, debido a ataques oligarcas del Estado contra campesinos por la pertenencia de tierras. En este sentido, los campesinos propietarios de terrenos productivos, se vieron en la “necesidad” de defenderse y por tal motivo se refugiaron en el monte para atacar desde ahí al Estado opresor. De este modo, se constituye la resistencia civil campesina en el sur del Tolima y es justamente en Chaparral, donde se ubica el origen del movimiento armado de las FARC (Fuerzas armadas revolucionarias de Colombia).

Según lo indica el historiador Medófilo Medina (1986) en su ensayo, *La resistencia campesina en el sur del Tolima*, en esta región podemos encontrar aspectos muy importantes sobre la investigación de la violencia de los años 1949-1953 y la influencia que ejerció en otras regiones del país, fuera de este periodo mencionado. Medófilo Medina argumenta la importancia de la producción cafetera en Chaparral y la consecuente violencia que produjo la denominada “violencia de la cosecha cafetera”, que fue tensionante también en otras regiones como Valle, Antioquia y el viejo Caldas. Dichas tensiones empezaron a surgir por el crecimiento de haciendas y la alta producción de café que generaba la zona, pero que los terratenientes compraban a muy bajo costo a los cultivadores y cosechadores debido a que medían lo recolectado en unos cajones llamados Chilaos, que no contenían más de cuatro arrobas, mientras que con la romana legal, la misma cantidad de café, pesaba más de seis. Por tal motivo, empezaron las inconformidades con el manejo y el trato que se le daba a los trabajadores, hecho por el cual los campesinos emprendieron la organización de sindicatos para protestar contra los abusos laborales.

Otro punto de tensión, que va en la misma dirección de abusos y violencia contra el campesinado, tiene que ver con la lucha por la pertenencia de tierras, que aunque fueron

asignadas legalmente, los terratenientes seguían alegando que las escrituras adjudicadas no eran válidas, motivo por el cual seguían creyéndose dueños de los predios, iniciando una persecución contra campesinos por un lado, y por otro, el cobro de impuestos arbitrarios a indígenas de la zona. Esto generó la detención injusta de más de cien trabajadores, campesinos e indígenas, que fueron encarcelados por demandas entabladas contra ellos por los terratenientes. Con este tipo de abusos, generalmente cometido por conservadores y “liberales roscas”, como se les llamaba a los concejales de ese partido que servían de voceros de los terratenientes, empezó a presentarse una especie de huida de los campesinos que se escapaban en las noches de sus casas, con el fin de buscar ayuda para ofrecer una resistencia a los abusos que se llevaban a cabo, puesto que ya se había pasado del hostigamiento y la intimidación, a la agresión abierta por las comisiones mixtas de castigo, secundadas por la policía, de manera que en las noches asesinaban a los que encarcelaban injustamente durante el día.

Ante tales situaciones, empezaron a crearse grupos de defensa, dirigidos por los mismos campesinos que no estaban dispuestos a permitir tantas arbitrariedades y planeaban pelear con las mismas armas que le quitarían a los enemigos, puesto que inicialmente no contaban con recursos económicos para financiarse como grupos armados. De este modo, y ante la necesidad de la organización para la defensa común, en 1949 fueron los dirigentes de las ligas campesinas y de los sindicatos agrarios, quienes constituyeron e impulsaron la resistencia; aunque seguían las ofensivas de terratenientes para encarcelar a sus líderes y denominarlos “cabecillas”, puesto que figuraban ya en la época de la violencia como los organizadores de los primeros grupos armados.

En este punto, debemos detenernos y pensar en el surgimiento de grupos armados denominados como guerrilleros, que tomaron las armas como mecanismo de defensa ante las

injusticias de la clase oligarca, que buscaba mantenerse a flote a costa de los más pobres, desangrando a las clases bajas, enriqueciéndose cada vez más. Sin embargo, aunque su lucha en un inicio podría ser justificable, hubo conciencias tan débiles que no pudieron evitar que algunos de sus componentes se convirtieran más adelante en jefes de bandas violentas, movidos por el odio y el deseo de venganza. Del mismo modo, sus ideales se vieron pronto empañados por el poder y manchados por el dinero proveniente del narcotráfico, que tergiversó sus ideales iniciales para convertirse en lo que trataban de combatir: opresores de clases bajas.

Justamente, esta clase de violencia guerrillera es la que presenta Juanita León (2004) en sus crónicas, *No somos machos, pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*, presentando a poblaciones del Cauca que han sido hostigadas por grupos guerrilleros en varias ocasiones, dejando en evidencia, el cambio o la contradicción de los ideales, de unos grupos que en un inicio luchaban por y para el pueblo. Aparece también, una alusión a la violencia generada por un grupo paramilitar que intenta “limpiar” la zona de guerrilleros, cometiendo muchas masacres de indígenas que ven, injustificadamente, como colaboradores del grupo de “Tirofijo”. En este caso, debemos tener presente que el surgimiento de los grupos paramilitares se da en 1977, como lo afirma Renata Moreno Quintero (2008):

Los grupos paramilitares por su parte, se unificaron en 1997 y forman las Autodefensas Unidas de Colombia [AUC], durante la negociación de paz del presidente Andrés Pastrana (1998-2002) con las FARC. Estos grupos paramilitares (AUC) realizan innumerables actos de violaciones a los derechos humanos sobre la población civil, incrementándose desde su aparición las masacres y los desplazamientos forzados de la población, bajo el pretexto de intentar acabar con las bases que sustentan el poder de las guerrillas. (p.146).

En este punto, se debe enfatizar en una diferencia sobre dos caras de la resistencia. Por un lado, el diccionario de la RAE (Real Academia de la lengua Española), define la resistencia como: “conjunto de las personas que, generalmente de forma clandestina se oponen con distintos métodos a los invasores de un territorio o a una dictadura”. De tal manera, vemos una resistencia como se menciona anteriormente, que fue llevada a cabo por campesinos que conformaron grupos armados, quienes inicialmente luchaban por justicia social y defensa de derechos, pero que posteriormente empezaron a lucrarse del narcotráfico, convirtiéndose en terroristas en contra del pueblo que proclamaban defender. Y es aquí donde radica la diferencia, donde se puede ver otra cara de la resistencia, puesto que Juanita León, va más allá del solo hecho violento y de los ataques de grupos opresores que afectan poblaciones enteras en el país.

Y en este sentido, la obra de León (2004), muestra la otra cara de la resistencia, la resistencia civil no armada de grupos indígenas y campesinos del Cauca, que cansados de los constantes ataques terroristas se enfrentan a ellos con valentía pero sin el uso de armas. Así pues, para analizar este fenómeno de resistencia frente a la violencia es necesario conocer, sobre el asentamiento de diferentes grupos armados en este departamento, que facilitó su incursión debido a la poca presencia del Estado y la Fuerza Pública en la región. De este modo, en el texto citado anteriormente, se afirma lo siguiente:

Este proceso inició en los años 70 y fue a partir del año 1999 que llegaron las AUC desde el norte del país para combatir con la presencia y control territorial cada vez más fuerte que ejercía la guerrilla y poder competir por el control de los recursos del narcotráfico, lo que aumentó el número de actos violentos en la región. (Moreno, 2008, p.147)

Así mismo, en el libro de Juanita León se relata cómo se dispersaron los guerrilleros en el Cauca y la posterior llegada de paramilitares a la zona. Se afirma que el grupo de “Tirofijo” habita el paisaje caucano desde hace más de veinte años pero que desde que el Ejército bombardeó sus campamentos del Secretariado de las Farc, en el Meta, éstos se separaron en varias direcciones dentro del departamento. Así, en un inicio, se dedicaron a atracar camiones y hostigar poblaciones pero desde que llegaron al sector, unos empresarios con la idea de recuperar la zona después de la tragedia ocasionada por la avalancha del Río Paez, las Farc empezaron a secuestrar a los dueños de las industrias recién instaladas. Ante esta situación, algunos industriales decidieron irse del lugar y otros, en cambio, optaron por contratar grupos de autodefensas para protegerse.

Fue así como los paramilitares llegaron al Cauca en el año de 1997. Aunque ya para el año 2000, controlaban a punta de masacres, gran parte de Santander de Quilichao y otros municipios al norte de Popayán ya que Carlos Castaño, jefe de las Autodefensas unidas de Colombia, había lanzado la amenaza de no dejar vivo ni a un solo subversivo en el Cauca. (León, 2004). Así que, era una guerra que afectaba cada vez más a los pobladores, puesto que había asesinatos por parte de la guerrilla, acusando a personas inocentes de ser colaboradores de los paramilitares y por el otro lado, los paramilitares también asesinaban acusándolos de simpatizar con la guerrilla.

Lo anterior, refleja el conflicto que vive el departamento del Cauca que es una de las zonas más violentas y por ende, más inseguras del país ya que en ella, por su geografía altamente montañosa, cercana al litoral pacífico, han confluído diversos grupos armados que se han asentado en el territorio para delinquir y llevar a cabo su “lucha” desde sus inmediaciones. Hecho que ha dejado estragos en las poblaciones que viven de cerca los constantes

enfrentamientos, entre grupos militares con la guerrilla, ya que en medio de los ataques los pobladores también sufren los estragos de una guerra que desangra sus ilusiones de una vida en paz y armonía.

Por tal razón, la resistencia civil campesina y sobre todo indígena se presenta como una protesta contra los abusos, pero con la diferencia de la resistencia civil que en un principio decidió tomar el campesinado convertido en guerrilla, debido a que ellos tuvieron la opción de recurrir a la defensa popular no violenta, pero se inclinaron por hacer uso de las armas para “salvaguardar” sus derechos, generando de esta manera más muertos como saldo de una guerra que aún no tiene fin.

Esto lo entendieron los primeros resistentes de la violencia como también está indicado en las crónicas de *No somos machos, pero somos muchos*: los indígenas manifiestan que cada muerto fortalece a la comunidad en lugar de amedrentarla y que así ha sido desde que el conquistador Pedro de Añasco torturó y descuartizó a Timanaco, hijo de la Cacica Gaitana, que fue la mujer que lideró un ejército indígena en contra de los españoles hace más de quinientos años. Esta ejecución producida por Añasco para intimidar a los aborígenes, causó el efecto contrario, dando como resultado su levantamiento. Fue así como miles de paeces vengaron la muerte de Timanaco, sacándole los ojos al conquistador. De este modo, nació la resistencia indígena que se transmite y enriquece de generación en generación.

Sin embargo, se afirma también que en la actualidad es una resistencia totalmente civil, pero que a principios del siglo XX, el paez Quintín Lame, conformó una guerrilla que se propuso invadir las haciendas, que por muchos siglos ocuparon los terratenientes blancos usurpando su territorio ancestral. Después de haber recuperado muchas tierras, pero también de haber perdido cientos de miembros de la comunidad, los líderes indígenas entendieron que su fuerza residía

realmente en su unidad y no en las armas, por lo que obligaron a los guerrilleros del Quintín Lame a reinsertarse a la vida civil en 1991 y desde entonces, su resistencia ha sido desarmada (León, 2004).

En este marco, lo verdaderamente motivante y valioso de las crónicas de Juanita León, es la valiente actitud de los habitantes de estas poblaciones asoladas, por una guerra que no sólo las destruye físicamente, sino desde el interior sumiéndolos en el miedo, la zozobra y la desesperanza de un país que se desmorona en cada ataque, contra población civil inocente que pese a todo sigue en pie defendiéndose de la mejor manera existente: sin violencia. Así pues, este no es un escrito más que habla sólo sobre la guerra, sus estragos, los muertos y las pérdidas, sino sobre un solo espíritu de lucha, un grupo de gente que se enfrenta con sus mejores armas: la paz y la no violencia.

Son personas agrupadas en cada comunidad que han sacado todo su coraje, su valentía y su sentido de pertenencia por lo suyo para defenderse de injusticias que ya no están dispuestos a soportar más, pero son personas con un entendimiento superior de la guerra y de la humanidad, tanto como para saber que si se defienden de la violencia con más violencia, estarían dentro de un círculo vicioso del que no sería fácil salir, así como en el que se ha visto envuelto el país hace años, durante toda la historia como lo diría un líder indígena de Páez, desde su sabiduría ancestral afirmando que la resistencia nació hace quinientos años, con la llegada de los conquistadores españoles y de ahí en adelante, los opresores sólo han cambiado de cara pasando a “terratenientes del Valle, luego a guerrilleros y, más recientemente, a paramilitares” (León, 2004, pp.19-20). Reconocemos entonces, que la violencia siempre ha estado presente pero que depende de la capacidad humana de cada ser, enfrentarla con más violencia, o hacerle frente con otros medios menos perjudiciales.

Ahora bien, hablar de resistencia como mecanismo de defensa no violenta, no significa que haya una renuncia a defenderse, sino una renuncia a colaborar con injusticias. En este sentido, no podemos ver una resistencia pacífica como algo pasivo, puesto que lo que busca esta es justamente, alterar el orden violento y desestabilizarlo cometiendo acciones que se salen de su orden destructivo, para generar una conciencia mayor sobre el hecho violento en sí. De tal manera, se genera una especie de reto e incitación al ente opresor, que al no contar con una repuesta de violencia, se ve obligado a ceder ya que no encuentra motivos para proceder agresivamente.

A este respecto, habla Benjamin (2001) en el ensayo anteriormente mencionado cuando se refiere a los medios puros de entendimiento. Ante esto, afirma que es posible una resolución no violenta de conflictos y que esto se da cuando la cultura de los sentimientos pone a disposición de los hombres, dichos medios puros o medios no violentos que serían: delicadeza, simpatía, amor a la paz, confianza y muchos otros que se podrían añadir. Estos medios, según la ley, no son de solución inmediata sino siempre de soluciones mediatas. Entendemos que estos medios son acuerdos implícitos entre personas pacíficas, que ponen de manifiesto que la solución de conflictos está mediada por la empatía y el amor, además de la capacidad de reconocerse en el otro para entender que no se puede afectar a los demás sin estarse afectando a sí mismo.

En tal sentido, es esta la conciencia que han tenido las poblaciones que han luchado por sus tierras, por sus vidas y por sus derechos, defendiéndose con medios pacíficos que develan una sabiduría superior de entendimiento basado en valores de reconocimiento y aceptación de los otros, generando una opción más acertada para enfrentarse a las injusticias, oponiéndose a ellas sin generar una violencia mayor, que pueda reproducir o desembocar en un número de muertes innecesarias de cualquiera de las partes en conflicto.

En las crónicas de *No somos machos, pero somos muchos*, se presenta una alternativa de lucha, una resistencia encaminada a salvaguardar no sólo las vidas, la tierra, las pertenencias, la autonomía sino también la esencia humana que es la que pone de manifiesto que no vale la pena enfrentar la violencia con una violencia mayor, que situaría a los oprimidos al nivel de los opresores. Por tal razón, los pobladores indígenas y campesinos de cuatro regiones del departamento del Cauca prefieren salir a las calles a manifestarse sin armas ya que entienden que pierden más escondiéndose del fuego cruzado que saliendo a protestar para detener las balas que pretenden amedrentar a las personas de esas comunidades.

Es por eso que, el 12 de noviembre de 2001, los indígenas de Caldon salieron a la plaza del pueblo con canciones de José Luis Perales, Mercedes Sosa y Atahualpa Yupanqui que por iniciativa de María Yaranda, amplificaron con el megáfono de la iglesia, para aplacar a los guerrilleros que acechaban desde las inmediaciones e impedir así, la quinta toma a su pueblo. Este acto, hizo que los guerrilleros dejaran de disparar y se marcharan del sector. Días más tarde, el 16 de noviembre del 2001, habitantes de Bolívar, al sur del departamento, obligaron a liberar cuatro agentes de la policía que la guerrilla se estaba llevando como rehenes tras 20 horas de combate; en este pueblo, Yasmín, junto a un vecino llamado Manuel, encabezaron una protesta valiente y pacífica que obligó a los guerrilleros a dejar en libertad a los policías del pueblo que habían capturado después de un intenso combate de casi 300 guerrilleros contra 20 uniformados de la estación. (Ver anexo).

De la misma forma, el 25 de diciembre, los indígenas de Jambaló, salieron en masa para rescatar a un joven que había sido secuestrado por las Farc. Leonidas Troches, era un ladrón de motos que fue juzgado por la guardia indígena, y según su ley tradicional, fue teado y obligado a trabajo comunitario, pero escapó hacía un pueblo más grande donde fue encarcelado porque

siguió delinquiendo. Tras pagar su condena, montó una tienda de granos en su vereda y tuvo mucho éxito ya que se subsidiaba con un cultivo de amapola. Debido a sus altas ventas, unos negociantes del sector, dieron parte al resguardo, mientras otros, lo acusaron de paramilitar ante la guerrilla. Ante este hecho, los líderes indígenas le exigieron a los guerrilleros que lo liberaran porque sólo ellos pueden juzgar a los ladrones de su comunidad. Sin embargo, el joven fue asesinado, por lo que los guerrilleros fueron obligados a retirarse de la zona, hostigados por la guardia que los superaba en número, mientras los puyaban con sus varas de mando.

Una semana después, jóvenes y ancianos de Puracé detuvieron el fuego cruzado entre guerrilleros y policías de Coconuco gritando “paz, queremos paz”. En este pueblo, toda la comunidad salió a protestar y con tambores e instrumentos de la chirimía se concentraron en el parque principal. En esta ocasión, Jimmy Alberto Gauña, un joven estudiante de derecho fue asesinado por los guerrilleros, al igual que un agente de policía que combatía contra ellos. La muerte de Jimmy y el rechazo de la comunidad por la atrocidad de haber disparado contra un civil desarmado, dejó en desconcierto a los guerrilleros que salieron del lugar tras haber destrozado gran parte del pueblo. Estos hechos heroicos, muestran una luz en un país oscurecido por la guerra, demostrando que hay un camino alternativo al de rendirse al chantaje de los fusiles y al de tomar las armas para defenderse, dejando claro entonces, que el fin de la guerra podía estar en manos de gente común y corriente que tuvo la valentía de poner un alto, de decir “basta”, cuando el resto del país estaba en silencio.

Estas son las historias que Juanita León cuenta en forma de crónicas. Historias reales, de personas valientes y pacíficas que vencieron el miedo y defendieron sus derechos enfrentándose a los asesinos que amenazaban sus vidas. Y fue tal la resonancia de estos sucesos y los efectos que se produjeron en ese entonces en el país, que poco a poco otros sectores de la nación se

interesaron en implementar estrategias de resistencia civil no violenta, para contrarrestar las incursiones guerrilleras a otras poblaciones y erradicar las diferentes manifestaciones de violencia presentes en la nación. Un claro ejemplo es el que dio a conocer el periódico El Tiempo por la corresponsal Claudia Roa Espinosa con el titular: *Resistencia civil: ejemplo que cunde. El ejemplo de resistencia civil contra los violentos, iniciado por campesinos e indígenas de Bolívar y Caldonó (Cauca), parece haber calado en otras zonas del país*; aquí, se informaba que en el 2001, habitantes de municipios del nororiente de Quindío habían solicitado apoyo de líderes de la resistencia civil en el Cauca para enfrentar sin violencia las constantes incursiones y hostigamientos de las Farc a sus poblaciones. Se demuestra así, que estos actos verdaderamente heroicos sí tienen resonancia y que son dignos de seguir e incluso, son aptos para implementarse e instaurarse como alternativa a la violencia.

En suma, también el alcalde de Bogotá en ese entonces, Antanas Mockus, adoptó la frase de los mismos indígenas y que fue la que también usó Juanita León para titular su obra: “No somos machos, pero somos muchos” y diseñó la campaña de resistencia civil para la capital de Colombia, la cual fue uno de sus programas bandera, logrando mediante actos simbólicos, crear una conciencia ciudadana de que había que cambiar la actitud complaciente frente a la violencia, tomando un camino diferente al de las armas. El pensamiento de Mockus, coincide con el pensamiento más ancestral y es que no se puede ceder ante el chantaje de la violencia, motivo por el cual, Juanita le dedica el capítulo final para dar a conocer sus métodos vanguardistas, en pro de la reducción de la violencia mediante vías pacíficas.

Se ratifica entonces, que la resistencia civil no es entregar la nación o la comunidad a invasores sin hacer nada, viendo cómo se apoderan de todo, porque resistencia civil no es renunciar a defenderse, sino que por el contrario, es un enfrentamiento que busca reducir la

mayor cantidad de muertes que produciría un enfrentamiento armado. Por eso cabe resaltar lo que se afirma en el libro *¿Defensa armada o defensa popular no violenta?*: “El error radica en creer que la única manera de destruir un sistema injusto es utilizar la violencia armada contra las personas que lo defienden” (Arias, 1982, p.48). Puesto que, si lo vemos con detenimiento, el ejército (legalizado por el Estado) sólo es un instrumento más del poder, es una especie de “títere” que defiende soberanía y lucha por sus ideales vendidos como justos, pero viviendo dentro de la misma injusticia.

En este sentido, hay una afirmación en el mismo libro, propicia para entender lo ilógico de las guerras, así como lo verdaderamente peligroso de seguir ciegamente ideales que en muchos casos son manipulados e incluso enmascarados, y lo importante que sería implementar una alternativa de defensa sin armas: “Al revés de lo que ocurre en la lucha armada, en la que muy a menudo ‘personas que no se conocen se matan en beneficio de personas que se conocen bien y no se matan’, la lucha no-violenta hace posible que aquellos que, en otras circunstancias, se hubieran matado entre sí, se conozcan mejor, debilitando así el poder de los que se hubieran beneficiado con la carnicería” (p.49). Aquí sería preciso que quienes estén en combate piensen primero, que detrás del otro fusil hay también una persona que tiene una vida, que está luchando por una causa que cree justa y que no hay razón para matarse entre sí porque ambos están defendiendo ideales que creen correctos, y no sería sano terminar con la vida de alguien que en esencia busca lo mismo aunque no estén de acuerdo entre ellos, además, porque siempre quienes están detrás de la guerra, son los grandes poderosos que manejan una supremacía, de modo que, quienes la financian y se benefician de ella, raramente estarán frente a frente en un combate armado entre fusiles y balas.

En todo caso, debe quedar en la conciencia que la violencia nunca dejará resultados positivos. No hay unión de una comunidad para defenderse, sino al contrario, una desunión que acrecienta rencores y odios que imposibilitan, cada vez más, una vía hacia la paz; en tanto que la defensa armada no es altamente eficaz, ya que puede defender de invasores y quizá reducir el número de agresores, pero al mismo tiempo se cobran muchas vidas, no solo de los actores armados en conflicto sino de la población que queda en medio.

Además, es claro que la lucha armada también discrimina y viola derechos al desplazar a actores importantes como las mujeres, ancianos y niños que son parte imprescindible de las comunidades y que deben por lo tanto, participar de acciones que busquen sus propios beneficios. Según Arias (1982):

Además, mientras que la lucha armada reduce casi siempre a las mujeres, los niños y ancianos al papel de rehenes o de víctimas, la lucha no-violenta permite a toda la población participar activamente en la acción. Los efectivos militantes se encuentran así multiplicados, y la participación de mujeres y de personas de edad en las manifestaciones públicas dificulta necesariamente la dureza de la represión y la hace más odiosa. (p.49)

Por lo tanto, esta es la efectividad de una verdadera resistencia civil: la colaboración de todos, un grupo que genera una unidad de lucha, donde no hay discriminación de ningún tipo porque todos y todas son miembros activos de una comunidad que busca hacer justicia. Es visto que es más fácil para un tirano, matar a uno solo desarmado, que matar a miles despojados de armamento.

En suma, debemos entender que la violencia se manifiesta de diferentes maneras y en diferentes contextos: al interior de las familias, en los colegios, universidades, en el lugar de

trabajo, en las calles y muchos otros sectores; razón por la cual, no debemos pensar en una defensa civil no armada en lo referente, únicamente, a la guerra política, sino a la presente en todos los ámbitos de convivencia del ser humano. Para esto, sería imprescindible educarnos en la paz y para la paz, desde el perdón y la reconciliación, reconociéndonos en los otros como iguales.

Sería así mismo, necesario perder el miedo de enfrentar al tirano ante el desconocimiento de su posible reacción, pero para ello y como lo afirmarían Gandhi en uno de sus escritos compilados por R. K. Prabhu y que aparece en el mismo libro de *¿Defensa armada o defensa popular no-violenta?:* Si hombres y mujeres se plantaran frente a un ejército que pide paso libre a su país, quizá el ejército reaccionaría de forma brutal para pasar sobre ellos, pero entonces, habrían cumplido con su deber dejándose aniquilar. Afirma que, un ejército que se atreve a caminar sobre los cadáveres de mujeres y hombres inocentes, sería incapaz de volver a cometer un acto igual. Gandhi agrega, que podría ser difícil entender tanto valor en masas de hombres y mujeres, pero que para ello es necesario admitir que la no-violencia está hecha de un paño más duro; que no fue concebida como arma para los débiles sino para los corazones más recios. (Arias, 1982).

Ante tales afirmaciones, deberíamos también, aprender a enfrentar la incertidumbre conociendo con plena certeza que todo acto valeroso encaminado a la paz, es mejor que encerrarse en la cobardía de la inacción. Pero aquí la pregunta que nace es: ¿Somos capaces de actuar tan valientemente, despojados de armas contra un agresor que atenta contra nuestra vida? Realmente es algo que sería un poco precipitado responder si se hace desde la comodidad de quien no ha tenido que enfrentar agresiones violentas en su contra; del mismo modo, vemos que el lanzarse a una defensa no violenta, es en la mayoría de los casos, un acto de espíritu colectivo.

Pero en este caso, un solo individuo también podría hacer resistencia ante la ruptura de su autonomía por parte de otro individuo, puesto que deben prevalecer valores y saberes superiores que permitan frenar hechos violentos.

En tal sentido, como lo mencionaba anteriormente, debemos empezar por educarnos a nosotros mismos en el amor, en el perdón, el respeto, y en otros tantos valores que se deben fomentar para terminar con la tan destructiva violencia que nos daña y nos ruptura. La paz no está en las manos de grandes pensadores o teóricos, la paz está en todos y cada uno de nosotros; gente que como muestran las crónicas de Juanita León, son personas del común, seres humanos humildes, personas del día a día pero que han conservado una sabiduría ancestral, que muchos hemos perdido o hemos dejado en el olvido, pero que posiblemente aflore en el momento en que empecemos a generar una conciencia encaminada hacia la no violencia.

En consecuencia, como futuros educadores, no sólo desde el ámbito escolar, sino también como formadores de familia, desde el rol, bien sea de padres, bien de hermanos, hermanas, tíos, tías, en fin, es imprescindible, generar espacios para fomentar el diálogo, para solucionar conflictos hablando siempre basados en el respeto; de la misma manera, recalcar la tolerancia, la empatía y la aceptación de los demás para ir formando seres verdaderamente humanos que comprendan a sus semejantes, que estén dispuestos a ayudar, a perdonar y a amar sin condiciones.

3. Capítulo III

Escritura femenina y lenguaje en la obra: *No somos machos, pero somos muchos* de Juanita León

Es importante conocer, o mejor, reconocer la importancia de la escritura de las mujeres y la manera en que lo hacen. Si bien es cierto que su labor escritural estuvo mucho tiempo reprimida y que no todo lo que producen es bueno solo porque sea plasmado por una mujer, es fundamental que empecemos a visualizar esos productos que reflejan el alto valor literario que emana de ellas, ya que es necesario que le demos el valor que merecen para poder entender o por lo menos tratar de comprender por qué escriben de una u otra manera. En tal sentido, este capítulo tendrá los sustentos teóricos de autoras tan importantes como Luce Irigaray (1992) y Hélène Cixous (1995), que plantean desde sus trabajos, aspectos valiosos sobre la escritura femenina. Además, de los aportes de escritoras como Patricia Aristizábal (2005), Carmiña Navia (2003) y Berta Lucía Estrada (2009) que ayudan a entender ese proceso de empoderamiento de la mujer por medio de la escritura y el camino que tuvieron que transitar para llegar a la producción textual.

Ahora bien, para empezar a hablar sobre escritura hecha por mujeres, es importante iniciar diciendo desde qué contexto o situación empezaron a hacerlo y en qué o cuales condiciones siguen realizándolo. Como mencionaba anteriormente, la mujer estuvo reprimida en varios aspectos durante muchos años, entre ellos la escritura, pues no se le permitía ni siquiera pensar aun dentro de su propia casa, puesto que se tenía la creencia errónea de que solo servía para cuidar los bienes del hogar y la crianza de los hijos, pero siempre bajo la supervisión de los hombres de la familia, que a diferencia de ellas sí podían escribir libremente. Razón por la cual, es más fructífera la producción literaria masculina.

En este sentido, las mujeres vivieron en muchos casos, a expensas de un marido que las proveía económicamente debido a que no podían acceder a la educación y por ende, no accedían a un empleo formal con el que devengarán un salario mensual. Durante siglos, las mujeres no pudieron opinar ni participar en decisiones importantes dentro de la comunidad donde residían e incluso, no podían ser partícipes dentro de su propia casa, donde la primera y última palabra siempre la tenía el hombre.

Así pues, a la mujer se le negó la posibilidad de crecimiento tanto personal como social y laboral. Además, se le prohibió y aunque suene alarmante, aún se le sigue prohibiendo que sienta, que goce y que explore su sexualidad sin censuras ni pesos morales que la hagan sentir culpable o pecadora al reconocer su cuerpo libre, o por sentir deseo y disfrute. En consecuencia, la mujer desarrolló una cierta timidez que en muchos casos, la cohibe de realizar manifestaciones donde pueda hacer notar su voz. Aun teme hablar en público y si lo hace, es siempre con el miedo de ser rechazada, no tenida en cuenta o incluso desdeñada por sus opiniones. Es así como muchas que se han atrevido a plasmar sus ideas por escrito, temen darlas a conocer y prefieren atesorarlas solo para ellas. Esta actitud reservada, es la constante de muchas escritoras de todos los tiempos, que aún sienten temor de hablar, aunque las circunstancias hayan cambiado y el papel participativo de la mujer haya aumentado.

Con respecto a esta situación de trato injusto y casi que deplorable, sobre la dominación y opresión a la que se vio y se sigue viendo sometida la mujer, razón por la cual teme florecer y desenvolverse libremente en su entorno, Berta Lucía Estrada (2009) escribe:

Esta posición es fácil entenderla cuando se tiene en cuenta lo que ha sido el universo femenino, creado e impuesto por la sociedad patriarcal. La virginidad como requisito básico para el matrimonio, la crianza de los hijos, la cocina, y todo lo que

significa hacer funcionar un hogar las veinticuatro horas del día y los trescientos sesenta y cinco días del año. Al mismo tiempo, se le ha impedido gozar de un espacio propio y un tiempo para su privacidad; puesto que no hay que olvidar que durante siglos la mujer fue confinada al gineceo. (p. 5)

Recordemos entonces, que en la cultura griega, gineceo era como se denominaba al lugar de la casa destinado solo para mujeres. Aquí mismo, y a renglón seguido de esta cita, Estrada (2009) se refiere al papel de la mujer en la sociedad española antigua, más exactamente en la España de Miguel de Cervantes Saavedra. La autora cuenta cómo en la casa de este afamado escritor, existía la llamada “habitación del caballero”, que estaba en la segunda planta. Esta, era la más espaciosa, la más bonita y estaba destinada única y exclusivamente para el uso del hombre, puesto que la esposa debía dormir en otro cuarto con los niños pequeños, acompañada de las mujeres que trabajaban ayudándole en los oficios diarios. Además, en la primera planta, el hombre tenía una sala destinada para recibir las visitas, pero era únicamente usada para reuniones masculinas; mientras en la parte posterior del patio, había una habitación muy pequeña donde se reunían las mujeres a orar, bordar y contarse los rumores que se escuchaban en la calle; esto, siempre bajo vigilancia porque no les era permitido estar solas.

Esto explica en parte el hecho de que muchas mujeres, siempre bajo vigilancia, no se hayan atrevido a dar rienda suelta a su imaginación, además de que debían estar siempre pendientes de los quehaceres de la casa mientras el hombre gozaba de tiempo disponible para meditar. Todas estas precisiones, y muchas otras que deberían hacerse, como la cuestión de la virginidad obligatoria para acceder al matrimonio, dan cuenta de toda la represión y censura que pesaba sobre la mujer y que aún hoy, hay rezagos de toda esa conducta patriarcal que subyuga sus derechos.

Han sido siglos de lucha, en que la mujer ha intentado sobresalir en un mundo dominado por hombres, pero ha ido logrando poco a poco ganarse un espacio relevante en la sociedad en la que también es y debe ser parte activa. Sin embargo, no le ha tocado fácil; la reivindicación de la mujer se ha peleado con las uñas y ha debido exigir desde el derecho al voto, el acceso a la educación, el ingreso a la vida laboral, hasta el derecho a decidir sobre su propio cuerpo, sus pasiones y sus deseos, que deben ser explorados sin pudor y sin miedos, de la misma forma que debe explorarse la escritura, medio por el cual, puede liberarse y hacerse escuchar. Y es que han sido y fueron dichas causas las que de una u otra manera coartaron la creación literaria y artística de la mujer. En relación con esto, Berta Estrada (2009), refiere:

Para poder entender la escasa creación literaria de las mujeres, con respecto a la enorme producción de sus congéneres masculinos, hay que bucear y tratar de entender las causas políticas, sociales, religiosas, económicas, educativas y culturales, que han pesado sobre la condición femenina. (p. 11)

Ahora bien, en el despertar femenino, en el reconocerse a sí mismas como mujeres sujeto y ya no más como objeto, empezaron a producir artísticamente desde sus propias vivencias reflejando un pensamiento crítico importante. Pero aun así, sigue existiendo cierta reticencia de las grandes élites editoriales para publicar obras escritas por mujeres, debido a que no se les da gran valor a sus producciones literarias y por ello, es ese también un obstáculo más que deben enfrentar a la hora de situarse ante la posibilidad escritural, ya que no son suficientemente consideradas para entrar en los cánones literarios establecidos donde predomina la producción masculina.

Sin embargo, Aristizábal (2005) apunta que se debe resaltar que el sólo hecho de ser una mujer la que escribe, no significa que tenga garantizado el éxito. Además, no todas las mujeres,

incluso en estos tiempos “modernos” se inscriben en un pensamiento feminista. Por ello, muchas siguen reproduciendo los ideales patriarcales bajo los que fueron educadas y en este caso, es también lo que reflejan sus escritos. Así pues, cuando la mujer empezó a escribir, tenía ciertos rezagos de timidez y empezó a hacerlo sobre temas que estaban presentes en el ambiente de su tiempo. En suma, incluso narró desde personajes masculinos a quienes les dio vida. Cuando lo hizo desde su perspectiva, creó una propuesta estética propia en el denominado ‘género autobiográfico’, expresándose mediante cartas, confesiones y diarios. Además, la autora también resalta la importancia de la escritura para la mujer, afirmando que esta le ha servido como herramienta para que su voz se escuche, para que se sienta una protesta y una subversión de los órdenes establecidos.

Ahora bien, con el despertar de la mujer en la sociedad a la que pertenece y en la que merece ser partícipe, ha surgido un nuevo problema. Y es que si bien, empezaron a escribir, a plasmar sus ideas, a criticar aspectos no solo de la vida privada sino de la pública en la que poco a poco se fue adentrando, surge ahora la necesidad de hallar una forma de decir, de hablar, un lenguaje que describa a la mujer, el ser mujer. Una escritura que le permita ser libre, que le permita expresarse, que le permita hacer escuchar su voz por años silenciada.

Me atrevo a decir, que aun sin la necesidad de “crear” un nuevo lenguaje, nuevas palabras, o nuevas formas de decir las ya existentes, el verdadero valor de la mujer, radica en que por medio de su escritura refleja otros horizontes, nuevos puntos de vista, redirecciona la literatura hacia campos poco explorados. En este sentido, sería también falso atribuir estas condiciones específicamente a las mujeres, ya que hay hombres que también lo pueden hacer, pero es una constante mucho mayor en el orden de lo femenino.

Así pues, la mujer puede adentrarse en la vida de personajes, de protagonistas, de ser ellos y ellas, de vivir sus experiencias, de sentir sus deseos, sus miedos, su poder. La mujer tiene la facultad de darse al Otro y no solo identificarlo como una alteridad a la que se puede excluir, sino que se identifica en él, sabiendo que ella misma es Otro. Por lo tanto, su poder, es el poder amar y recibir amor sin sometimientos, sin restricciones ni prejuicios; a este respecto, Cixous (1995), plantea como bisexualidad su gusto por la literatura y por el hecho de vivir, de encarnar a cada personaje, de sentirlo sin angustias, sea hombre o mujer. Refiere que el hecho de que ambos sexos armonizaran en ella, le parecía natural. De esta manera, “amaba, y amaba al amor”.

Entendiendo esta capacidad femenina de sentir, de transmitir y de pensar de esta manera, se empieza a ver cómo o de qué manera se perfila la escritura en la mujer. Para empezar, es entendible que sus primeros trazos hayan sido tímidos, puesto que deseaba hablar, gritar, opinar, pero siempre fue callada. Por lo tanto, en las letras encontró una especie de desahogo, halló la voz que se había visto obligada a ocultar; así que, a paso lento, encontró en la escritura, un aliado para empoderarse de su ser, de sus deseos, de sus pasiones. Pudo comenzar a sentir sin tantas restricciones, sin pudores, puesto que la sociedad no dejaba que explorara su cuerpo. La mujer entonces, ama sin excluir, sin rechazar, sin egoísmo, desde su ser en busca de liberación, y eso la hace diferente en su escritura y sobre los temas que escribe.

De cierto modo, para entender la escritura de las mujeres, debemos saber cómo son ellas, lo femenino, su esencia reprimida pero no borrada y para ello podemos tener en cuenta lo que Cixous (1995) dice:

Su despertar: no es una erección. Sino difusión. No es el trazo. Es la nave. ¡Que escriba! Y su texto, buscándose, se conoce más que carne y sangre, pasta amasándose,

levantándose, insurreccional, con ingredientes sonoros, perfumados, combinación agitada de colores flotantes, follajes y ríos lanzándose al mar que alimentamos. (pp. 49-50)

Comprendemos entonces, que lo femenino tiene calidad de planta, que tiene un crecimiento radiante, ascendente, lento y difícil pero que finalmente brota, humedece, abre sus ramas como una donación que se expande para ofrecerse, para curar, sanar, alimentar. Así pues, lo femenino es luz que no se detiene, que llena espacios y abre nuevos caminos. Además, esta autora plantea una escritura desde el cuerpo femenino, desde el ser mujer, dejando que este hable, que grite, que se exprese y que fluya libremente.

En suma, es igualmente importante subrayar la concepción de escritura que tiene Luce Irigaray (1992), ya que para ella, escribir es satisfacer las necesidades económicas y dejar de depender de uno o varios hombres, es decir, que se puede vivir de la escritura y la producción intelectual. También afirma que usa la escritura alfabética porque es una de las formas de comunicar el pensamiento, pero está convencida de que es un medio limitante para decir todo lo que tiene que decir, sobre todo en su ser mujer. De la misma forma, asegura que el escribir permite transmitir pensamientos a personas que no conoce, que no hablan su lengua y que no viven en su época, por lo tanto, para ella, es crear un código susceptible de entrar en la historia. Escribir también representa un medio de expresión y comunicación en ciertas circunstancias en que hay privación del derecho a la palabra y por ende, escribir también permite hacer que se escuche el pensamiento propio que se pone a disposición de quienes hoy o mañana puedan escucharlo.

Por lo tanto, en estos sentidos, el de lo femenino como sagrado, liberación y posibilidad donativa y la concepción de escritura de la mujer, puede circunscribirse la producción literaria de muchas mujeres que plantean pensamientos y aportan con sus investigaciones a diversos

conflictos como la guerra que se vive en Colombia, por ejemplo. Hoy en día son cada vez más las mujeres que escriben, que alzan su voz, que tenían ganas de hablar y que finalmente lo han hecho. En Colombia, las mujeres también viven la guerra; de una u otra manera siempre la han vivido y la han padecido. Por eso, cuando escriben sobre ella, tratan de aportar significativas reflexiones sobre lo inhumano de la violencia, sobre lo absurdo de las peleas, sobre la irracionalidad de matarse unos a otros sin justificación suficiente.

Frente a este despertar de la mujer escritora, Carmiña Navia (2003), en la introducción de su libro, *Guerra y paz en Colombia. Miradas de mujer*, asegura:

En estos últimos tiempos, las mujeres colombianas dejan oír su voz, cada vez más fuerte, reclamando su derecho a decir una palabra sobre esta guerra interminable que vivimos y padecemos colombianas y colombianos. No se trata, en opinión de los grupos femeninos, solamente de un derecho, se concibe también como un deber. El conflicto vivido en Colombia y la posibilidad de salir de él, requiere del concurso de todos y todas en el país, por tanto la palabra de la mujer es no solo una necesidad sino un compromiso y un reto. Hay quienes sin embargo aún no oyen esta palabra femenina o al menos quieren ignorarla. En cualquier caso resulta claro que este *aparente* silencio de las mujeres se está rompiendo, tanto en el país como en otras latitudes. (p. 9)

Carmiña señala que ese silencio de las mujeres es aparente, porque realmente sí han dicho su palabra, pero no se les ha reconocido, no se les ha escuchado o no se ha tenido en cuenta, de manera que se ha invisibilizado.

Por lo tanto, aquellas mujeres que eligen hablar sobre estos temas, tienen por lo general la facultad de contribuir con sus escritos, para una posible forma de llegar a la paz. Esto no quiere

decir que sea fácil o que todos lo asuman como alternativa eficaz para terminar la guerra, pero como afirma Irigaray, es una posibilidad de hacerse escuchar y dejar plasmadas sus ideas para que alguien, quien quiera leerlas, apreciarlas y valorarlas, lo haga en algún momento.

En consecuencia, Juanita León, autora de *No somos machos, pero somos muchos* (2004), es un claro ejemplo de esas mujeres que hoy en día escriben, hablan con voz propia y opinan abiertamente sobre temas como la violencia, entre otros. Asimismo, las crónicas de Juanita, bien pueden inscribirse en ese “código” (del que habla Irigaray), con el cual puede entrar en la historia, pero no solamente como la mujer escritora, sino como aquella que vio más allá del conflicto y quiso dejar constancia de que hay una alternativa a la guerra y que luchando colectivamente, se puede desarmar la injusticia y dejar sin base a la violencia.

Además, se puede concebir la escritura de Juanita León, retomando a Cixous, como un florecimiento, una donación, un poder curativo. Esto, debido a que podemos ver que cuando la escritora toma la decisión de ir hasta las poblaciones del Cauca, en busca de las noticias recientes que hablan sobre grupos indígenas y campesinos que han hecho frente a las tomas guerrilleras haciendo uso de la no violencia, ella decide escribir los relatos que los protagonistas de estas resistencias le narran y los convierte en crónicas que da a conocer en su publicación en el año 2004, como una muestra ineludible de que la violencia no le pertenece a todos y que la posibilidad de terminar con ella no es generar más guerra.

El hecho de realizar la investigación, de entrevistarse con los pobladores de las regiones, de adentrarse en lugares considerados como zona roja, no sólo refleja el anhelo de la mera noticia, sino más bien de dar a conocer estas pequeñas historias que serían un gran ejemplo para mostrarle al país que hay otra forma de enfrentar la violencia. De esta manera, busca que éstas no se queden en la inmediatez de la noticia y posteriormente sean olvidadas, sino que decide

contarlas y consignarlas en un libro donde, además, resalta en una de las crónicas, la labor de un alcalde de Bogotá, a kilómetros del territorio caucano, que comprende que para combatir la guerra, debe primero entenderla y hallar así una forma de contrarrestarla prevaleciendo el valor de la vida.

Por lo tanto, su escritura está ahí, y el título de su obra: *No somos machos, pero somos muchos*, sugiere una manera distinta de contar la guerra. Si bien ella aclara que es una frase que se “robó”, haciendo énfasis en que “resume la esencia de la resistencia civil”, también es cierto que sintetiza una lucha que se aleja del poder opresor falocéntrico, para aparecer como algo inclusivo puesto que, la paz no sólo compete a hombres y menos a los más valientes o fuertes físicamente, sino que es de todas y todos. Esta frase, usada como título, nos da la idea directa de que no es necesario ser hombre o poseer una fuerza descomunal, para enfrentarse a los criminales, ya que el verdadero valor lo da la colectividad, la suma de personas, sean hombres, mujeres, niños, niñas, ancianos, etc., dispuestos a exigir sus derechos siempre alrededor de ideas que buscan un bien comunitario.

De esta manera, surge la inquietud de averiguar, por qué hay tantos y tantas escritoras que hablan sobre la guerra y dejan de lado de alguna manera, la posibilidad de escribir sobre la paz. Sin embargo, escuchando a compañeros hablar sobre los libros que están estudiando, especialmente a quienes también trabajan crónicas, me di cuenta que hay una constante en sus escritoras. Y es que de cualquier modo, en sus textos se presenta una denuncia de las inequidades de la guerra, de los destrozos que causa, de lo irracional y lo inhumano, a la vez que ofrecen aportes de sanación mediante el perdón, la reconciliación, el valor y la dignidad. En consecuencia, mi intriga va en dirección a entender por qué, escritoras como Juanita León, reconstruyen desde su escritura, un poco como dice Cixous, escribe desde su ser mujer para

expandirse como semilla, como luz, como difusión. Claro está, que hay hombres que también lo hacen, quizá desde una conciencia diferente; me atrevería a decir que distanciados en cierta medida del dominio patriarcal del que muchos también están intentando salir.

Pues bien, creo entender esta particularidad en su escritura desde una afirmación que hace Irigaray (1992), en el libro ya citado, cuando aborda la problemática de los salarios en el trabajo desde el marco de la diferencia sexual. La autora hace una reflexión sobre la desigualdad en la división del trabajo y el rechazo hacía las mujeres en sectores laborales donde se prefiere la contratación de mano de obra masculina, aunque las mujeres sean más productivas que los hombres. En cuanto al contexto del trabajo, Luce Irigaray también afirma que sobre las decisiones de lo que se va a producir, está casi siempre en manos de la autoridad masculina. A este respecto, refiere:

Si se admite que toda persona tiene derecho al trabajo para satisfacer sus necesidades y su dignidad humana, ¿por qué una parte de la humanidad debe someterse a la voluntad de la otra en las cuestiones relativas a la naturaleza de la producción? Así, fabricar armas, mantener o aumentar la contaminación, recargar el mercado de cosas fútiles, son raramente resultados de decisiones reales por parte de las mujeres. (p. 118)

Se comprende entonces, que la autora habla sobre una producción que satisface los deseos o quizá necesidades de los hombres dentro de su orden masculino, aunque hay que aclarar que muchas mujeres también comparten cierto gusto por este tipo de cosas, como las armas, por ejemplo. Seguidamente, Irigaray argumenta lo siguiente:

Con mayor frecuencia, estas suelen situarse a favor del mantenimiento de la paz, de la salubridad del ambiente, de un nivel de bienes que se corresponda con las

auténticas necesidades de la vida, de las opciones humanitarias. Las opciones de grupos financieros, de bloques militares, como la voluntad de supremacía de una moneda o de un país sobre otro, son objetivos bastante ajenos a las mujeres. (p. 118)

Aunque también aquí es preciso decir que no todas las mujeres se inclinan hacia fines pacíficos, es cierto que es una constante mayor en el mundo de lo femenino. Sin embargo, también hay hombres con un entendimiento mucho más claro de la guerra, que les permite alejarse de ella y empezar a reconstruir desde la armonía y la paz.

En este mismo sentido, también se afirma que el derecho de hacer ruido, material o espiritual, ha sido un privilegio otorgado a los hombres. A la mayoría de ellos les produce placer, conducir máquinas ruidosas ante los demás y más si es ante las mujeres ya que estas manifestaciones sonoras se convierten en prueba de potencia sexual. Por esta razón, Irigaray sugiere que la educación de las hijas, deje de hacerse para ser como hombres, sino que se eduque a los hijos varones en las virtudes sociales propias de las hijas, pero siempre manteniéndose sexualmente masculinos. Esto es, saber estar en silencio, guardar tranquilidad, hablar de manera suave, abstenerse de juegos violentos o ruidosos, practicar la humildad, entre otras. Usos culturales de elemental cortesía que en nada afectarían la sexualidad masculina, pero que les ayudaría a los hombres a no malgastar su energía en estereotipos sociales que los últimos descubrimientos en materia sexual, podrían convertir en obsoletos.

De tal modo, que si lo veo desde esta perspectiva, puedo entender el porqué del poder reconstructivo en la escritura de Juanita León. Pues siendo así, lo que está de manifiesto es la preocupación de las mujeres por el cuidado de la naturaleza y lo que nos ofrece, el deseo de preservar una moralidad fundada en el amor y la paz; elementos propios del derecho femenino que se ejerció en algún momento en que las mujeres administraban el orden social, donde lo

femenino se caracterizaba entre otras cosas, por la decisión sobre alianzas y resolución de conflictos, además, por su sistema simbólico ligado al arte, el respeto por lugares y divinidades locales y la importancia de la divinidad y lo religioso para la filiación, entre otras. De estos elementos, según lo afirma Luce Irigaray se encuentran huellas en los trabajos de Johann Jacob Bachofen y las descripciones de Mircea Eliade sobre las culturas aborígenes que existen en la India.

Por lo tanto, considero que los elementos antes mencionados, dan cuenta de unas características innatas de la mujer que siente que no está hecha para la guerra y que se siente incómoda en ella. Esta puede ser la razón por la que Juanita, como muchas otras mujeres que se sienten ajenas a la belicosidad masculina, decidan ofrecer escritos que encaminen la conciencia y las acciones de las personas hacia otras posibilidades de convivencia, donde primen la equidad, la justicia, el amor, la humildad y la tolerancia para alcanzar la paz.

Juanita León, de cierto modo, no toma partido en la guerra para defender a unos o acusar a otros, la verdad es que cuenta las historias de resistencia y muestra un espíritu colectivo de comunidades cansadas de la guerra que no la comparten, que la odian, que le temen y la repudian. Así, aunque la autora habla desde la posición de las víctimas, no las victimiza sino que las realza como pequeños héroes que trascienden en su mentalidad sobre la violencia y la atacan de la mejor forma que conocen para evitar más muertes y destrozos a sus pertenencias. Por lo tanto, podríamos decir que la escritora está a favor de la justicia y más aún, a favor de la paz, queriendo desentrañar una respuesta a la pregunta que la llevó a indagar sobre esas proezas: “¿Qué mueve a una persona a rebelarse contra el matón que le apunta con un fusil?”, pregunta que la llevó hasta el corazón mismo de la nueva resistencia civil que iniciaba en Colombia.

Por tal motivo, resalto su capacidad de ver más allá de un conflicto y entender que esas pequeñas muestras de valentía colectiva e individuales de estas comunidades (que muchos podrían tomar como fracasos, porque las incursiones guerrilleras no cesaron en sectores mayormente campesinos e indígenas), son un ejemplo claro de un país cansado de la violencia que lucha por combatirla sin caer en la bajeza de perder su humanidad alzándose en armas contra el enemigo que los ataca. De esta manera, la escritora pone como ejemplo unas cuantas historias reales que bien podrían inspirar el espíritu pacífico de quienes comprendan que la guerra no le pertenece a todos y que la mayoría del territorio nacional la rechaza.

Sin embargo, no es válido afirmar o generalizar diciendo que los hombres destruyen con la guerra, mientras las mujeres reconstruyen con su escritura puesto que, por un lado, podemos ver a mujeres integrantes de grupos guerrilleros y diferentes sectores que violentan la autonomía de otros. Esto se puede constatar en una de las crónicas sobre la toma guerrillera al municipio de Bolívar (Cauca), después de que los pobladores lograran que la guerrilla soltara a los policías que llevaba como rehenes: “Yasmín, solo entonces, se permitió sentir pánico por lo que había hecho. Tenía que agarrarse fuerte las piernas para que no le temblaran. Una guerrillera había filmado la toma. Volverían por ella pensó” (León, 2004. P. 74).

Y por otro lado, vemos en las crónicas, que son hombres los que la mayoría de veces encabezan las resistencias: “Héctor, Hernando y Omar sólo sabían de las Farc lo que habían visto por televisión; la grosería del guerrillero los desconcertó. Pero no se amilanaron y por el contrario siguieron sus planes de evitar la toma de Puracé” (p. 95). Como ellos, en cada comunidad hay líderes que son los que llaman a la resistencia a la que se unen los habitantes. Así pues, también podemos deducir que no todos los hombres son violentos, y que muchos, al igual

que la mayoría de las mujeres rechazan los actos desmedidos de los grupos insurgentes que atentan contra sus derechos y sus propiedades.

En efecto, hay muestras valientes de mujeres que se atreven a romper el miedo, que se “arman” de valor y que participan activamente cuando se trata de defender sus territorios, sus vidas y sus pertenencias. Es así el caso de Yasmín, la habitante de Bolívar (Cauca), que sin importarle el peligro, sale de su casa a exigirle a los guerrilleros que liberen a los policías que pretenden llevarse cautivos. Otro ejemplo de mujer con liderazgo y valentía es María Yaranda, habitante de Caldon (Cauca) que ante el llamado a resistir la toma guerrillera, sale de su casa y pide a todos sus vecinos que enciendan las luces de sus hogares para iluminar la plaza en donde se concentrarán para protestar contra el hostigamiento. María Yaranda es quien toma la iniciativa de amplificar música de Mercedes Sosa, José Luis Perales y Atahualpa Yupanqui, desde el alto parlante de la iglesia, para aplacar el ataque de los guerrilleros e infundir en la comunidad, un espíritu de lucha que los inundó de inmediato haciendo que entonaran las canciones a todo pulmón.

Por otra parte, hay una alusión en la crónica de Jambaló, a la Cacica Gaitana: “la mujer que encabezó el ejército indígena contra los españoles hace más de quinientos años”. Aunque es un ejemplo de mujer valiente que se enfrenta decididamente contra los invasores, esta referencia aparece para aclarar que cada muerto fortalece a la comunidad indígena, puesto que el conquistador Pedro Añasco torturó y descuartizó a Timanaco, el hijo de la Cacica. Esta acción no intimidó a los aborígenes sino que provocó su levantamiento y miles de paeces vengaron la muerte del joven sacándole los ojos al conquistador. Y aunque así nació la resistencia indígena, con su espíritu enriquecido y transmitido de generación en generación, se aclara que hoy en día es una resistencia totalmente civil que no emplea armas en su defensa.

Al mismo tiempo, en la misma crónica de Caldono aparece la historia de la hermana Estela, una misionera que trabaja en la Escuela Docente Madre Laura, quien en la cuarta incursión guerrillera sufre graves heridas en el cráneo por lo que es trasladada a un hospital de Cali donde debe aprender nuevamente a hablar, caminar, escribir y rezar. Le ayudan a recordar quien es y a revivir la devoción de entregarse a los demás. Después de un año de rehabilitación, regresa a Caldono y tras ver que los niños recibían clases en porquerizas tras la destrucción del colegio, decide con ímpetu improvisar aulas decentes para los estudiantes. De esta manera, la asistencia escolar desde su llegada se duplica.

Esta mujer es un vivo ejemplo de empeño y dedicación. Un ser humano que tras haber sufrido los estragos de una guerra inclemente, se esfuerza por no quedar destruida, que regresa para ayudar a los demás. Una mujer que construye donde otros destruyen y que edifica sobre las ruinas que otros dejan.

Salvo estos ejemplos, de mujeres que con valentía enfrentan situaciones adversas y que se encaminan hacia la paz, se debe resaltar que el libro es un conjunto de historias que hacen una: la resistencia civil no armada. En tal caso, lo verdaderamente importante no es de quien vengan las alternativas pacíficas. Es decir, que todos somos una comunidad en busca de tranquilidad, de respeto, de tolerancia hacia las opiniones ajenas aunque sean contrarias a las nuestras. Somos un país deseoso de solidaridad y estas crónicas nos muestran que el trabajo en equipo, en unión, es más fructífero si se hace respetando a los otros, sin atribuirnos el derecho a quitar vidas bajo la vana justificación de estar luchando por unos ideales que consideremos adecuados aun cuando no lo sean.

De ahí que, la importancia de la resistencia civil radica en que todos podemos ser partícipes. No importan condiciones sociales, razas, sexo o edad, ya que de ella pueden formar

parte activa, niños, niñas, hombres, mujeres y ancianos, ya que lo que se reclama es la autonomía de una población, se clama el derecho a vivir sin miedo, a vivir en armonía y no con el temor de perder la vida, en medio de una guerra donde los que más pierden son los civiles, generalmente los más vulnerables.

En consecuencia, podemos ver desde la escritura de la autora, a una mujer que se apasiona por las letras mediante las que expresa desde su cuerpo, desde su ser, un sentimiento que compartimos todos y es el deseo de construir nuevos caminos diferentes a la guerra. Juanita, aporta desde su labor profesional, una mirada diferente del terrorismo armado, puesto que nos deja ver unas sociedades que se defienden de la violencia, dejando de lado el rencor y el sentimiento de venganza que lo único que producirían es más muertes y derramamiento de sangre. Por tal motivo, su escritura manifiesta una diferencia, no en comparación con la escritura de los hombres, sino en general, a quienes se quedan rondando en el número de muertos que dejan las guerras, o en los motivos que llevan a las personas a alzarse en armas.

Y por otro lado, para finalizar, las historias que sirvieron de fuente para estas crónicas, muestran un espíritu superior, una humanidad que desborda los límites de los opresores irracionales, que ante un pueblo que clama por libertad y paz sin hacer uso de violencia, quedan sin base ni fundamento para seguir disparando sus fusiles contra ellos. Porque como se afirma en una de las historias: “los guerrilleros estaban desconcertados. Una cosa es responder con bala a las balas y otra muy diferente a los ruegos de gente desarmada”. (p. 68) Esto muestra que la posible manera de frenar los abusos guerrilleros o cualquier otra forma de violencia en cualquier ámbito es desarmar al enemigo con la palabra; pero una palabra que sea al mismo tiempo pacífica, más no pasiva, y retadora, más no insultante. Esto para mostrar al tirano con firmeza que estamos dispuestos a defender nuestra autonomía sin negociarla y sin flaquear o rebajarnos a

responder como ellos quisieran, porque sería darles motivos para poder legitimar el uso de la fuerza en nuestra contra.

4. Conclusión

En el análisis realizado al libro de crónicas de Juanita León: *No somos machos, pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*, se evidenció la forma en que se escribe sobre la violencia en Colombia desde la perspectiva de una mujer y cómo, desde esta visión femenina puede existir otro punto de vista en relación con la guerra. De manera que, leyendo estos escritos, podemos ver que desde la literatura se ha tratado el tema y que las mujeres, han hecho grandes aportes para entender el flagelo que vive el país.

Así pues, es importante resaltar que, al igual que Juanita León, hay otras autoras que fueron estudiadas en el curso de Énfasis: Escritura femenina y violencia en Colombia, que escriben sobre los estragos de la guerra en la que vive el país, pero al mismo tiempo ponen su mirada en diferentes alternativas que llevan a una reflexión en pro de soluciones direccionadas hacia la paz. En este sentido, entendemos que la escritura de las mujeres, aunque ha sido menos en relación con la alta producción literaria de los hombres, apunta hacia otra mirada en búsqueda de una posible solución de todo acto violento presente en la sociedad.

Por tal razón, el valor que prevalece en los escritos de Juanita León, es la valentía que emana de personas que defienden sus derechos, pero siempre con la sabiduría que les hace entender que la guerra no se puede combatir con guerra, sino con paz y reconciliación que frene o disminuya las muertes de seres humanos. De modo que, se podría afirmar que es nuestro deber resaltar este tipo de escrituras y tenerlas en cuenta para aportar a la construcción de una nación pacífica y que además, se tomen como ejemplo para poder extraer de ellas lo edificante que puedan tener para redireccionar la educación hacia caminos no agresivos.

Es decir, dejar de lado esa vieja y obsoleta enseñanza de: “ojo por ojo y diente por diente”, y más bien, entender lo que una mente tan brillante, un ser tan noble y sabio como Gandhi sugería al afirmar: “Ojo por ojo y el mundo quedará ciego”. Esta afirmación, sintetiza de cierta forma lo que personas con un sentido profundamente humano entienden y que es lo que todos deberíamos tener como base de nuestras vidas. Y es que no podemos seguir enseñando que debemos vengarnos de todo aquel que nos hace daño; debemos aprender en cambio, aunque sea difícil, que quien nos hiere o nos lastima es quien más carece de afecto y comprensión, por lo que la respuesta debe ser el perdón y la no violencia, puesto que es un arma tan poderosa que es capaz de desarmar tiranos.

Pues bien, es cierto que no es tarea fácil practicar el perdón y en tal medida tampoco será sencillo enseñarlo, pero debemos empezar al menos a intentarlo ya que como educadores, desde la academia y desde la vida misma, en el hogar e incluso la calle, es nuestro deber ético y moral comenzar a cimentar en las nuevas generaciones, una educación basada en el amor, la tolerancia, el respeto y el perdón.

Ahora bien, la importancia de la escritura de mujeres sobre estos temas, es especialmente significativa y valiosa, por la perspectiva de la guerra que presentan; sin embargo, no es una cualidad exclusiva de lo femenino, ya que también existen hombres con la capacidad de ver más allá de la guerra y de las cifras de muertes o estragos que esta deja. Pero es imprescindible resaltar que la iniciativa de reconstruir a través de la escritura, de edificar mediante la literatura, es una constante que se hace más presente en las mujeres, como sugiere Irigaray (1992). En consecuencia, antes de centrar la mirada en la forma en que las mujeres escriben, si es un lenguaje inclusivo o no, o si escriben aún desde el patriarcado, si sus protagonistas son

femeninos o masculinos, lo importante es ver, primero, la perspectiva que se muestre o que manifieste mediante lo escrito; en este caso, sobre la violencia.

En suma, es importante reconocer que la tarea de la paz, de la sana convivencia es algo que nos compete a todos, hombres, mujeres, niños, niñas, jóvenes, ancianos, en fin, a todos quienes anhelamos una vida en paz y tranquila. En este sentido, se debe resaltar que en la literatura femenina tenemos un amplio panorama con el cual se puede trabajar desde las aulas y que permite abrir diálogos en torno a temas no sólo de la violencia política, sino de la violencia en general, es decir, de la violencia presente en diferentes escenarios como la casa, el colegio, la universidad, la calle y cualquier tipo de manifestación agresiva que atente contra la sana convivencia.

En esta perspectiva, la escritura femenina que construye, que edifica, que ofrece alternativas de sanación, de perdón, tiene un gran valor, no sólo para ser estudiada en las aulas, sino también desde la primera educación, que es la que empieza en el hogar y que es, en esencia, la más importante en la formación de seres humanos. Por tal razón, esta educación debe articularse, fundirse como una especie de amalgama con la educación en los colegios para hacer un verdadero cambio, una real transformación del sistema, que empiece a fortalecer lo humano.

Para este fin, no solo la escritura de hombres debe ser tenida en cuenta, puesto que la historia, también la han escrito las mujeres. De ahí la importancia de incluir a escritoras femeninas en el pénsum de los colegios y de las universidades, además, de incluirlas en las bibliotecas de cada hogar, para que se les reconozca la importancia, no sólo de contar la historia del país, sino también el proceso de reconstruir la paz.

Por otro lado, no debemos olvidar que la construcción de la paz es una labor de todas y todos. Por tal fin, debemos comprender que si bien la historia se debe conocer, también es imprescindible proponer soluciones que nos ubiquen en un nuevo camino, para no repetir las atrocidades que ha dejado la violencia y para esto, se debe aportar desde la escritura de hombres, al igual que desde la escritura de mujeres. En este sentido, la literatura femenina está abriendo un gran sendero que se puede transitar, mientras se vislumbran posibles alternativas y soluciones que nos permitan ir, poco a poco, construyendo donde otros destruyen, buscando hacer entender a los violentos que no nos pueden vencer con armas ni agresiones.

Finalmente, se puede afirmar, que la escritura de mujeres, sí aporta otra mirada al tema de la violencia en Colombia ya que como lo plantea Cixous (1995), la escritura femenina, es resistencia, una posible solución, edificación, sanación, donación y curación, lo que nos direcciona al proceso del perdón. Esto, indudablemente nos permite comprender que con su escritura, pretenden darle mayor visibilidad a las víctimas y a sus estrategias para afrontar la violencia sin generar más violencia. Del mismo modo, corroboramos que desde la escritura, podemos generar grandes cambios que queden inscritos en un código que entre en la historia como lo plantea Irigaray (1992), para trascender y develar nuevos horizontes de construcción de pensamiento que permitan mejorar el país para las actuales y futuras generaciones que tengan la posibilidad de leer, analizar y comprender sus producciones y ponerlas en práctica si así lo desean.

Referencias

- Arias, G. (1982). *¿Defensa armada o defensa popular no-violenta?* Madrid: Ediciones Orbis, S.A.
- Aristizábal, P. (2004). *Autobiografías de mujeres*. Manizales, Colombia. Universidad de Caldas.
- Aristizábal, P. (2005). *Panorama de la narrativa femenina en Colombia en el siglo XX*. Cali, Colombia: Universidad del Valle, Programa Editorial.
- Bautista, M. (2016). Olga Behar, periodista, se convirtió en veedora a través de sus libros. Fue de las primeras en cubrir orden público, hacer crónica política y denunciar abusos y torturas. *Periódico El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16564340>.
- Benjamin, W. (2001). *Para una crítica de la violencia*. Ediciones Coyoacán.
- Cárdenas Moreno, M. (2015). *Soledad Acosta de Samper*. Escritoras Latinoamericanas Del Diecinueve. Recuperado de <http://eladd.org/autoras-ilustres/soledad-acosta-de-samper/>
- Cixous, H. (1995). *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona, España: Anthropos.
- Diccionario: Real Academia Española. (2017). Recuperado de <http://dle.rae.es/?w=diccionario>
- Donadío, L., y Toro, A (2017). *Patricia Nieto*. Sílabas. Recuperado de http://silaba.com.co/perfil_autor/patricia-nieto/
- El ojo en la paja. *Fusilada: Sofía Ospina de Navarro* [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://eljoenlapaja.blogspot.com.co/2008/10/fusilada-sofa-ospina-de-navarro.html>

- Estrada, B. (2009). *¡Cuidado! Escritoras a la vista*. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/41949/1/cuidadoescritorasalavista.pdf>
- Holguín Jaramillo, C. (2013). *Los escogidos de Patricia Nieto. Los ahogados más incómodos del mundo. Catalina reseña el último libro de la periodista Patricia Nieto*. Revista Arcadia. Recuperado de <http://www.revistaarcadia.com/periodismo-cultural-revista-arcadia/revista-arcadia/articulo/los-escogidos-patricia-nieto/30964>
- Hoyos, J. (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Irigaray, L. (1992). *Yo, tú, nosotras*. Madrid, España: Ediciones Cátedra, S.A.
- Jaramillo, M, M. Robledo, A, I. y Rodriguez, F, M. (1991.) *¿Y las mujeres? Ensayo sobre literatura colombiana*. Medellín, Colombia. Ediciones Gráficas.
- León, J. (2004). *No somos machos, pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*. Bogotá, Colombia: Editorial Norma, S.A.
- León, J. (2004). *No somos machos, pero somos muchos. Cinco crónicas de resistencia civil en Colombia*. Bogotá, Colombia: Norma, S.A.
- León, J. (2016). *Juanita León*. Colombia: La silla vacía. Recuperado de <http://lasillavacia.com/users/juana-0>
- Moreno Quintero, R. (2008). Las organizaciones indígenas y campesinas frente al conflicto armado en el norte del Cauca. *Revista Sociedad y Economía de la Universidad del Valle*, volumen (15). Recuperado de http://revistas.univalle.edu.co/index.php/sociedad_y_economia/article/view/4093

- Navia, C. (2003). *Guerra y paz en Colombia. Miradas de mujer*. Cali, Colombia: Centro Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle.
- Navia, C. (2007). Narrativa femenina en Colombia en el filo del siglo. En Accorsi, Simone. Buenahora Molina, Giobanna. Penagos Concha, Vilma. (Comp.), *Buscando la escritura*. (pp. 9-27) Cali, Colombia: Editorial Univalle.
- Navia, C. (2009). Historia de la literatura y estudios de género. En C. Hurtado. (Ed.), *Visión histórica de la literatura colombiana: elementos para la discusión, cuadernos de trabajo I*. (p. 166). Medellín, Colombia: La Carreta Editores E.U.
- Palacios, Claudia. (2018). *Claudia Palacios*. Recuperado de <http://claudiapalacios.net/index.php/perfil-otro/biografia>
- Pérez, P. *Emilia Pardo Umaña. Vida y obra de la primera mujer periodista en Colombia 1907-1961* [Mensaje en un blog]. Recuperado de <http://emiliapardoumana.blogspot.com.co/>
- Roa Espinosa, C. (19 de diciembre de 2001). Resistencia civil: ejemplo que cunde. El ejemplo de resistencia civil contra los violentos, iniciado por campesinos e indígenas de Bolívar y Caldon (Cauca), parece haber calado en otras zonas del país. Periódico El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-716986>
- S.a (2012). Olga Behar Leiser. Una mujer valiente, una persona que nunca ha vendido sus principios y que siempre ha buscado la verdad. *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/enfoque/articulo/olga-behar-leiser/252249-3>
- S.a. (marzo, 29 de 2017). *Biografía de Juanita León*. Colombia: Biografías. Wiki. Recuperado de <http://biografias.wiki/juanita-leon/>

S.a. (S.f). *Patricia Lara Sálive*. Colombia: Librería Norma.com. Recuperado de

<http://www.librerianorma.com/autor/autor.aspx?p=Y7EsIn650s7TQKyfez9oVg==#productos>

Sánchez, G y Peñaranda, R. (1986). La resistencia campesina en el sur del Tolima. En Martha Cárdenas. (Ed.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. (pp. 233-265). Bogotá, Colombia: Fondo Editorial CEREC.

Anexo

“La unión hace la fuerza”

-Crónica-

-Mi mamá estaba en el pueblo con mis hermanos. Ellos estudiaban allá y ella los acompañaba hasta el fin de semana... Era horrible escuchar la balacera que se alcanzaba a sentir hasta la casa y no poder hacer nada, ni cómo saber de ellos porque no teníamos nada para comunicarnos fácilmente- recuerda Dora Pérez, una habitante de la vereda Las Vueltas, que pertenece a la jurisdicción de Bolívar (Cauca), a una hora de la cabecera municipal. Se refiere a la toma guerrillera que sufrió el pueblo el 16 de noviembre de 2001, cuando valientemente, la resistencia civil de toda la comunidad, logró que los subversivos dejaran en libertad a cinco policías que se llevaban como rehenes.

Son palabras emotivas que emanan con gran zozobra de su voz, que se exalta al recordar la incertidumbre y la impotencia que sintieron por más de 20 horas, que fue lo que duró el combate. Tiempo en el cual, no pudieron, ella y sus demás familiares, saber nada de sus seres queridos, atrapados en medio del enfrentamiento. Por su parte, sus dos hermanos y su mamá relatan cómo vivieron esas intensas horas de angustia en las que pasaron en vela toda la noche, con el miedo que les erizaba la piel y contemplando la posibilidad de morir si algún artefacto caía sobre la casa en la que se encontraban.

Laurentina Zúñiga, es la madre de Dora Pérez, quien tuvo que pasar por esa situación. Es una mujer amable y carismática, muy devota de la Virgen, a quien invoca mucho cuando habla. Por fortuna, en esa ocasión, estuvo ahí para tratar de calmar a sus dos hijos adolescentes, aunque en el fondo tuviera quizá más miedo que ellos.

-¡Ay virgen santísima, mucho susto! ¿No ve que yo estaba allá cocinándole a ellos porque estudiaban ahí en el pueblo y me iba cada lunes para allá? Había rumores de que se iba a entrar la guerrilla y toda la gente vivía espantada pero no sabíamos cuándo iban a atacar, hasta que un viernes, ya eran como las tres de la tarde y los chiquillos ya habían salido del colegio. Yo había hecho unas masas para darles café y me fui a coger unos frijoles garbanzos con Martha, que es la familiar que nos arrendaba una parte de la casa. La gente andaba lamentando que la guerrilla se iba a entrar pero nosotras no hicimos caso y nos fuimos al lado de abajito por los frijoles.

Pues apenas habíamos llegado de cogerlos, ¡cuando esa balacera!, entraron quemando pipas de gas y ¡nooo, eso fue espantoso! En eso, Luisito, otro de mis hijos, que vive en el Casanare nos llamó para decirnos que nos metiéramos al baño o a algún lugar que tuviera plancha porque era un poco más seguro. Esa noche nos tocó amanecer ahí en una pieza amontonados; pero eso era el miedo más terrible ¡madre bendita! Por ahí a media noche, ¡una cosa espantosa!, esos vidrios de la casita de Martha, de la parte donde ellos viven, se habían explotado y cayeron todos hacia adentro. La pobre pues durmiendo en el piso con el marido y el niño menor, dice que le cayó un vidrio cerquita al lado de la cabeza que donde la alcance, la corta. Pero los vidrios no se quebraron con balas- aclara -sino por la vibración tan fuerte que se sintió.

En ese momento era que habían estado tumbando la cárcel. La explotaron toda; que no había quedado nada, nada. Cuando se oyó ese ruido, ¡que susto!, esos muchachos que miedo que les daba, pobrecitos, pues estaban pequeños. Y al otro día, esos guerrilleros andaban metiéndose a las casas preguntando por unos policías que se habían escondido. Allá a la casa fueron a tocar durísimo la puerta pero nadie les abrió.

Ya ese día, se escuchaba que llamaban a la gente que fueran a defender, que saliera todo el pueblo y esos chiquillos que se fueron al parque y nosotras no los queríamos dejar ir por el miedo que nos daba; pero ellos insistiendo que querían ir a ayudar a combatir- dice entre risas- Pero era tanta la multitud que se los pasaron llevando por delante y llegaron asustados a la casa.

Después de eso, se escuchaba el avión militar rastreando las montañas y dicen que mataron muchos guerrilleros. Para poder salir del pueblo, los carros tenían que llevar algo para que se distinguiera que era gente buena, sino, le disparaban pensando que era guerrilla. Uno queda con esa psicosis de que entraran otra vez a atacar, ya no podíamos vivir tranquilos, pero los colegios volvieron a abrir el lunes o martes, no recuerdo bien, y de todas maneras, tocó volver a ir.

De la misma manera, Enar y Edier Pérez Zúñiga, coinciden con su madre en que lo que sintieron fue horroroso. Ambos relatan los momentos vividos con cierta picardía, recordando años juveniles en los que a pesar del miedo y el desconcierto, les pudo más la curiosidad y salieron con el resto de la gente al parque, para ver qué era lo que pasaba con los policías que la guerrilla intentaba llevarse.

Enar, es el séptimo hijo, de los nueve que tiene doña Laurentina. Es un hombre con un sentido del humor particular que casi siempre ríe y hace reír a los demás. Tiene una bondad difícil de encontrar en alguien, pero a la vez, es un rasgo similar de todos los integrantes de su numerosa familia. Rasgo por el cual, quizá, sea tan amante de los niños.

-Recuerdo que el hostigamiento empezó por la tarde. Como a las 10 de la noche se escuchaba helicópteros sobrevolar y tiraban bengalas a las orillas del pueblo; se escuchaban explosiones mientras temblábamos del susto. Al día siguiente, había una señora con un

megáfono llamando a la gente a resistir, me parece que el padre también estaba. Cuando salimos, se observaba gran cantidad de guerrilla. ¿Qué le digo?... habían unos niños más o menos de 12 o 13 años de edad; les habían pasado unas escopetas y lloraban del miedo que tenían. Pobrecitos, los tenían como carne de cañón, como dice el dicho; había uno arrinconado por allá temblando porque lo habían dejado solito. Uno se asombra al observar a unos niños con armas hechizas sin saber qué hacer y llenos de susto. Es increíble que pudieran arrebatárles la infancia de esa manera.

A los policías los tenían ya humillados en el parque hasta que los subieron en una camioneta de estacas para llevárselos. La gente les gritaba que los dejaran y no permitían que la camioneta avanzara. En ese momento, llegó un comandante de civil, con un arnés y un fusil; hicieron dos rafagazos al aire, pero las personas no copiaban hasta que llegó el que parecía que era otro de los comandantes, nos apuntaron con los fusiles y volvieron a hacer otros rafagazos; entonces casi todos nos tiramos al piso y se los llevaron. Lo bueno es que a la salida del pueblo los dejaron libres y pudieron volver.

¿Por qué salí?, de chismoso, jajaja. Yo era un muchacho de colegio todavía, pero sabía que la unión hace la fuerza. Después de todo, a uno le queda claro que cuando un pueblo es unido, el poderío de las armas es inútil. Y es que la guerra es algo absurdo que no lleva a nada bueno; sólo deja tristeza y desolación. Para mí, la guerra se gana con inteligencia, no con las armas.

Por otro lado, está Edier. Es el penúltimo hijo de la familia Pérez Zúñiga; un hombre con una gran sensibilidad y cariño por su familia, un carisma singular y una calidez humana que parece haber heredado de sus padres.

-Se decía que se iban a meter al pueblo, cuando a eso de las cuatro de la tarde empezó. Yo me iba a reunir con unos amigos del colegio y cuando estaba subiendo por una de las calles, vi como a tres policías corriendo. Ellos iban bajando y por ahí mismo iban subiendo unos guerrilleros; se encontraron de frente prácticamente, se alcanzaron a ver y lo que hicieron fue esconderse porque eran poquitos, contra un montón de guerrilleros que estaban entrando.

Ese día fue muy duro, el ataque duró toda la noche; fue muy feo porque uno creía que se iba a morir ahí. Toda la noche se oían tiros, explosiones, y el helicóptero echando plomo en el monte. Mi mamá estaba con nosotros pero el miedo era muy grande. Ya el sábado, estaban llamando a la gente con un megáfono, yo creo que escuché a un hombre, pero no sé quién era. Decía que fuéramos al parque, que teníamos que salir a defender a los policías, que no podíamos permitir esos atropellos contra nuestro pueblo... Entonces nosotros salimos porque como estaban saliendo todos, no nos daba tanto miedo; pero no crea... ver tanto guerrillero da temor.

Tenían ahí a los policías y los del hospital les estaban dando suero porque estaban heridos. Eran ya como las dos de la tarde cuando empezaron a coger carros y a subirlos ahí, pero había muchísima gente que con cuchillos les dañaron las llantas para que no pudieran salir. En medio de todos, había un señor, que creo que estaba borracho, o era muy valiente, porque les estaba gritando insultos: “¡puercos, malparidos...!” y el guerrillero bravo, amenazaba con dispararle pero él seguía gritándole, hasta que le dio con la culata del fusil en la espalda.

Hicieron como tres intentos de irse, pero la gente se ponía en frente de los carros para no dejarlos avanzar, hasta que llegó uno que parecía ser un comandante, con un arnés y amenazando con dispararnos a todos. Entonces, ya enojados empezaron, como un minuto echando plomo al aire y no pues, todos nos asustamos y ya tuvieron que dejarlos pasar.

Después, todos estábamos en el parque y cuando llegaron los policías, la gente muy emocionada los recibió con aplausos. Los otros que todavía estaban escondidos salieron como el domingo entre la ovación de las personas y a eso de las cinco de la tarde, llegó el helicóptero y se los llevó.

La guerrilla que supuestamente quiere al pueblo, y los más jodidos son los del pueblo. La guerra es dura...lo que pasa es que de pronto la gente quería a los policías porque eran buenos con la comunidad. Yo digo que los soltaron fue por la insistencia de la misma gente, gracias a que todos colaboramos.

Otra persona que vivió este hostigamiento guerrillero fue el padre Jose Eduardo, un hombre calmado y sereno que había sido párroco de la iglesia, que también se vio afectada por los ataques.

-Yo me encontraba trabajando en San Lorenzo. Había ido al pueblo porque daba clase ahí en el colegio y me regresaba a las 4 de la tarde, pero ya estaba anunciado que la toma sería ese día. Sin embargo, como ya había habido varios intentos, pensé que no iba a pasar nada. ¡Cuando preciso empieza eso ahí y todo mundo a correr!; yo alcancé a llegar hasta donde un profesor y ahí me quedé toda la noche.

Al día siguiente fui yo el que salió a llamar a la gente. No sé si hubo alguien más, pero yo también lo hice y la gente salió, porque es que se estaban llevando a los cinco policías. Los llevaban con los brazos arriba, heridos, y ellos (los guerrilleros), gritando que dónde estaban los otros escondidos. Nos reunimos en el parque Los fundadores, donde tenían en el centro a los heridos; les estaban haciendo las curaciones pero no dejaban acercarse a ellos. Luego los

subieron a la camioneta de la Umata en ese tiempo, porque supuestamente los iban a llevar a fusilarlos, pero la gente se paró al frente y no dejaban que salieran.

En un momento, el alcalde me llama y me dice: “ve padre, caminá vamos a hablar con el comandante que está arriba en San Francisco”. Fuimos allá, y desde allá era que comandaba, desde allá dirigían todo. Hablamos con él y nos dijo: “¿qué se les ofrece?”, le dijimos que necesitábamos que dejara libres a los policías. Nos dijo “¡no!, ellos tienen que pagar...” Entonces nosotros le dijimos que nos íbamos con ellos y nos respondió: “no se vayan porque no respondemos por allá”.

Ahí había otro comandante que les daba la orden por radio de seguir, pero se escuchaba que le respondían: “aaa pero es que no nos dejan, el pueblo no nos deja pasar”. Entonces, les dio la orden de asustarlos y claro... papapapapapa se escucharon los disparos.

La siguiente orden fue, que bajaran al conductor de la camioneta, se subieran ellos y arrancaran con los que estuvieran ahí. Ya con eso no había vuelta de hoja, pues se los iban a llevar. Claro, en ese momento salieron, ¡cuando empezó la rechifla de toda la gente que les gritaba una cantidad de cosas! Al ratico, empezaron a salir camiones, chivas, carros repletos de guerrilla y nosotros decíamos: “¿y dónde estaban?”; como más de doscientas personas. Más adelante, los soltaron hacia la salida del pueblo, atendiendo la petición de la comunidad. Hicieron la entrega de los policías porque hubo mucha presión; donde no hubiera habido resistencia civil, se los habrían llevado.

Todos coinciden en que la guerra es horrorosa y sin sentido, y que los grandes logros se alcanzan con la fuerza que provoca la unión.

Estos son algunos ejemplos de diferentes actores que vivieron y padecieron una guerra que no les pertenecía. Sin embargo, lo importante es resaltar la valentía que genera la unión de los pobladores, que atendiendo el llamado de quienes se atrevieron a iniciar una resistencia civil sin armas, lograron una pequeña, pero significativa transformación para su comunidad. Estas historias, son una gran muestra que nos enseña que a pesar del miedo, si unimos fuerzas, podemos alcanzar grandes cosas y encaminarnos con pensamientos diferentes hacia la paz.